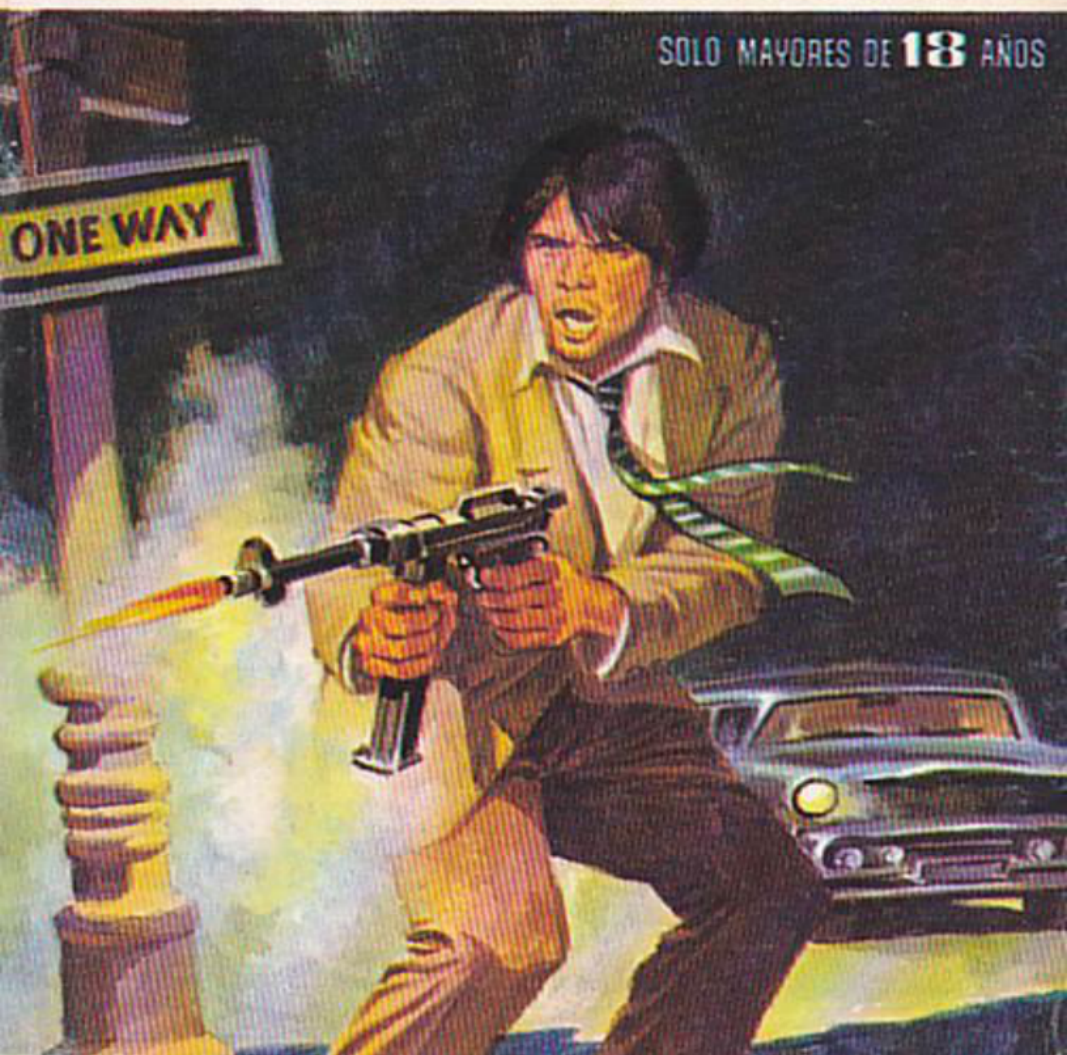


ASUNTOS INTERNOS

Frank Caudett

SOLO MAYORES DE **18** AÑOS



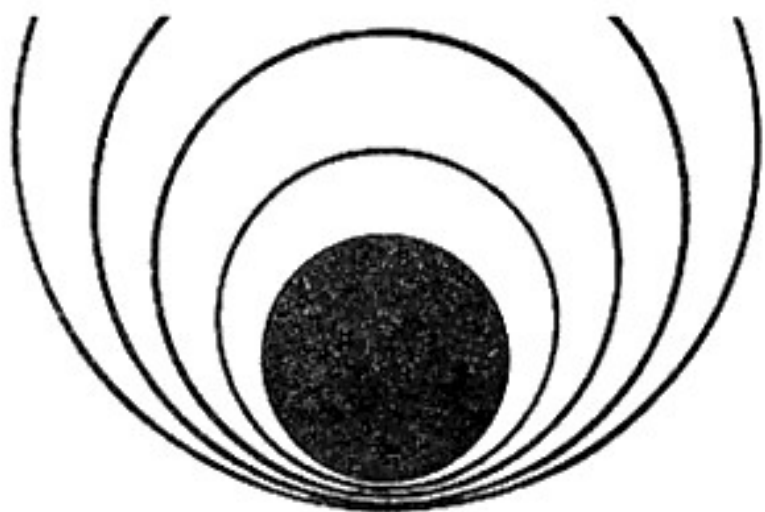
ASUNTOS INTERNOS

FRANK CAUDETT



Colección
PUNTO ROJO n.º 1.091
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

1.083 — Alguien voló sobre el nido de la mafia.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.700 — Beirut: 40° a la sombra.

En Colección CALIFORNIA:

1.374 — La curva del gatillo.

En Colección KANSAS:

1.275 — Vamos... ¡dispara!, ¿qué esperas?

En Colección BUFALO:

788 — ¡Imposible!

En Colección COLORADO:

1.328 — Memorándum para un sheriff.

En Colección BISONTE:

1.056 — Justicia en Monterrey.

En Colección BRAVO OESTE:

503 — Plomo en la amistad.

En Colección ASES DEL OESTE:

490 — Odio.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

566 — «Cobrizo».

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

635 — Colt.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 1.355-1983

Impreso en España Printed in Spain

1ª edición: marzo. 1983

2ª edición en América: septiembre. 1983

©Frank Caudett 1983 texto

©Martín — 1983 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S.A.

Parets del Vallés (N 152. Km 21.650)

Barcelona 1983

CAPÍTULO PRIMERO

—PRECINTO 16, Bronx. ¿Diga?

—Póngame con Farley de Asuntos Internos.

—Quiere decir... el teniente Hugh Farley, ¿no?

—Quiero decir el teniente Hugh Farley, sí. ¡Y tengo prisa!

—¿Quién le llama?

—He dicho que me ponga con Hugh Farley, señorita —puntualizaron, acremente, al otro lado—. ¿Está claro?

—Es mi obligación... —insistió, muy profesional, la telefonista— conocer la identidad de los...

—¡A la mierda con el reglamento! —exclamó, groseramente, el nervioso comunicante—. Póngame de inmediato con Farley o se acordará usted de mí mientras viva.

La operadora del complejo policial se encogió de manera instintiva. ¿Y si se tratara de un jefazo que a juzgar por su tono estaba muy cabreado?

Dejó de meterse en libros de caballerías tras el íntimo razonamiento y se limitó a decir:

—Le paso.

En el despacho de Hugh Farley, tipo alto y recio de cabello ralo y simiesca anatomía, zumbo el teléfono.

Atrapando mecánicamente el auricular, preguntó:

—¿Quién llama?

—Soy yo, Hugh. Ven inmediatamente a mi casa.

—¡Pero...! No debía usted haberme llamado...

—¡Tú no eres quién para juzgar lo que yo debo o no debo hacer! ¡Te espero dentro de media hora! ¡Vuela, Hugh, vuela!

Y colgaron.

El teniente de la Metropolitan Police y jefe de Asuntos Internos se quedó mirando el aparato con cierta sorpresa.

Se puso en pie, al instante, musitando:

—Se debe tratar de algo grave...

Camino de la salida de su despacho cazó la chaqueta al vuelo y se la fue poniendo mientras andaba.

Ya en la sala central del Precinto serpenteó entre mesas ocupadas por agentes uniformados y hombres de paisano la mayoría de los

cuales hadan ostentación de sus correajes y pistolones, preguntando a uno de éstos:

—¿Dónde está Kevin?

—En el Bureau-2 —le respondieron.

El Bureau-2 era un pequeño despacho con una larga mesa rectangular en el centro y sillas a ambos lados que se empleaba para interrogatorios previos.

Kevin Buchanan, en efecto, estaba allí.

Kevin Buchanan era un muchacho pelirrojo de cabellos alborotados, ojos metalizados de mirada penetrante e inquisitiva, facciones duras como sus maneras, varoniles y agradables, con mentón pronunciado que denotaba su personalidad. En aquella cara había unos labios carnosos, una barbilla partida y un algo en general que gustaba a las mujeres.

Sin embargo, sus métodos, a quienes no gustaba era a los que llegaban al Precinto como presuntos culpables de algo.

Kevin Buchanan, cuando entró el teniente en el Bureau-2, estaba metido en faena.

—Eres un hijo de perra por muy temprano que te levantes, Max.

Max era joven y vestía muy «pogre» y muy lleno de mierda. Apeataba, a sudor agrio.

—¡Le juro que lo que dice esa tía no es cierto, Kevin! Me quiere buscar la ruina... ¡palabra!

El policía lo atrapó por las solapas de su mugrienta cazadora. Tras sacudirlo le espetó en mitad de la jeta azotándolo con su aliento:

—La tía, que tú dices, se ha violado sola, se ha puesto perdida de sangre, se ha arañado, se ha metido en el hospital y luego te ha culpado a ti, ¿eh?

—Bueno, tampoco es eso. Se trata de una fulana y usted lo sabe. Me provocó para que fuese con ella... En el bar casi se sentó encima mío con los muslos al aire y los pechos...

—Traía poca paga y la «curraste», ¿no?

—¿Insinúa que soy un macarra?

Kevin le aplastó el puño en la cara.

—¡Afirmo, cabrito, afirmo!

—Ya vale, Kevin —intervino Hugh Farley, de cuya presencia no se había percatado el pelirrojo—. Se te va la mano con demasiada frecuencia, ¿no crees?

—¿Cómo quiere que trate a esta basura, teniente?

Farley se encogió de hombros.

—Tengo que salir, Kevin... —dijo el jefe de Asuntos Internos sin responder a la pregunta de su subordinado. Añadiendo—: Hazte cargo de cualquier asunto que pueda suscitarse en mi ausencia.

—O.K. ¿Volverá hoy, teniente?

—Lo dudo. Cuando termine lo que debo hacer me marcharé a casa.

—Vaya tranquilo. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Kevin —el teniente, desde la puerta, se volvió—. ¡Ah!, y no te calientes demasiado la sangre con gentuza como ése.

—O.K., teniente.

Unos instantes después, Hugh Farley, dejaba atrás el Precinto 16 del Bronx.

Y antes de la media hora se encontraba en el lugar donde le habían citado.

Se trataba de un despacho amplio, cómodo, amueblado con derroche de buen gusto y de «pasta».

Había estanterías atestadas de libros que acumulaban todo el saber humano.

Algún lienzo de firma cotizada colgaba de las paredes.

Al fondo, una mesa de nogal y un hombre detrás.

Farley se dejó caer, frente a él, en un butacón. Y dijo:

—Aquí me tiene. ¿Qué ocurre?

—Problemas.

—Así, ¿en plural?

—En singular: uno. Pero vale por muchos.

—¿De qué se trata?

—Alguien ha hecho fotografías de mi libro particular de contabilidad.

Hugh Farley se removió nervioso.

—Me dijo usted en una ocasión que tenía ese libro a buen recaudo.

—Tenía... sí —afirmó el hombre—. Pero no todo lo bien guardado que yo creía. De todas formas el hecho en sí no me sorprende mucho. Lo esperaba.

—No comprendo.

—Ni pretendo que comprendas —dijo el hombre con sonrisa suficiente. Matizando, ofensivo—: Tú no has nacido para comprender... sino para obedecer. Con esas fotos nos pueden pulverizar, ¿sabes? A ti, a mí, y a unos cuantos personajes públicos más. Hay nombres, fechas, cantidades y motivos por los que han sido entregadas. Alguien sabe ya que el jefe de Asuntos Internos tiene una nómina extra por servicios sucios.

—¿Alguien? ¿Quién?

—El comisionado de la policía de Nueva York: Bruce Bernard Flanagan.

Farley casi brincó en la butaca.

—¿Quéééééé?

Los ojos le rodaban al borde de las órbitas.

—Lo que oyes.

—¿Está seguro?

—Espera...

En un magnetófono que había sobre la mesa introdujo una cinta cassette y la hizo girar.

Al instante surgieron voces del interior del aparato y Hugh Farley pudo escuchar una significativa y sorprendente conversación.

—¡Estamos en un buen lío! —exclamó, cuando el otro paró la cinta. Inquiriendo—: ¿Cómo ha conseguido grabar eso?

El hombre volvió a reír con suficiencia. Era un hombre de unos cincuenta años, alto y delgado, de facciones angulosas y severas, cabello plateado en los aladares, fuerte personalidad y denotaba estar seguro de todo cuanto había tanto por su forma de hablar como por la firmeza de sus ademanes.

Respondió:

—Gracias a un sofisticado alarde de la electrónica. Tengo instalado un sistema de megafonía ultrasensible que se concentra en un receptor el cual se pone en marcha al contacto con los micros de la voz humana. Cuando salgo de casa lo dejo siempre conectado. Yo sé que mi seguridad depende de mi propia precaución e inteligencia. Si estoy donde estoy y hago lo que hago no es por casualidad, Hugh.

—Eso está fuera de toda duda, señor —trató de halagarle el teniente.

—Hace tiempo que estaba al corriente de los devaneos de Jennifer con Bruce Bernard Flanagan. Por eso te he dicho que esperaba lo que ha sucedido y no me ha sorprendido demasiado.

—¡Pero el comisionado ha convocado una rueda de prensa para las doce del mediodía de mañana! Usted lo ha oído como yo.

—Antes que tú, Hugh.

—¿Y tampoco le preocupa eso? —se extrañó el jefe de Asuntos Internos.

—Tampoco.

—¡Por Dios! ¿Quiere decirme lo que está pensando?

—Estoy pensando que Bruce Bernard Flanagan, mañana al mediodía... *ya hará muchas horas que estará muerto.*

Farley brincó de su asiento por segunda vez.

—¿Insinúa que...?

—Sólo hay una manera de estar muerto... que yo sepa —sonrió el interlocutor del policía—. ¿O conoces tú alguna otra?

—¿Asesinarlo...? —pronunció, como si de un rezo maquinal se tratara, como si se lo dijera para sí mismo.

—Si prefieres llamarlo así...

—¡Pero! ¡Bruce Bernard Flanagan! —estalló el de los blancos aladares, inyectados los ojos en sangre, enseñando los colmillos como un lobo, aporreando la superficie de la mesa con ambos puños. Y repitió—: ¡Lo sé sobradamente!

—Habla usted de asesinarlo...

—¿Quieres que hable de darle un premio? ¿O de llamar a los periodistas que él haya olvidado para que asistan con los demás a esa rueda de prensa? Si habla, Hugh, estamos acabados. A-CA-BA-DOS. ¿Te crees con temple para tomar asiento en el banquillo de los acusados, mirar abiertamente a los doce miembros de un jurado y responder a las preguntas de un fiscal que te acusará de corrupción, complicidad, asesinato y...?

—¡Basta, basta, por favor! —se retorció los dedos de una mano dentro de la otra, Farley, con evidente nerviosismo. Queriendo calmarse, agregó—: De acuerdo. No hay más solución. ¿Cómo?

—Esta noche. En su casa. Lo harás tú.

Farley llegó al límite.

—¿Yo...? ¡Usted está loco!

—¡Repíte eso y te frío a tiros!

El hombre había sacado una pavonada Parabellum del cajón central del escritorio con la que apuntaba decidido al pecho del teniente.

—¡Por favor...! ¡Cálmese!

Guardó el arma.

—Sí... —musitó—, eso. Debemos calmarnos.

—Podemos... —empezó, titubeante, el jefe de Asuntos Internos.

—No podemos —le cortó su interlocutor, con sequedad, adivinando lo que el teniente iba a decir. Ampliando—: No podemos porque en este asunto no puede intervenir nadie más... *nadie que no seamos nosotros*. ¿Cómo mantendrías luego con la boca sellada al asesino de Bruce Bernard Flanagan?

Hugh Farley, abatido, hundió la barbilla contra el pecho.

—Creo que tiene razón...

—¿Me he equivocado muchas veces, Hugh?

—No, desde luego.

—¿Entonces...?

—De acuerdo, de acuerdo... —afirmó el teniente, haciendo más ostensible su abatimiento a cada segundo.

—Será sencillo, Hugh, muy sencillo —sonrió maquiavélicamente el otro tratando de infundirle aliento—, Pero no debes fallar... NO

PUEDES FALLAR.

—No fallaré. Una cosa es que me preocupe tener que hacerlo y otra...

—¡Así me gusta, Farley, así! Todo saldrá bien. Muerto Bruce Bernard Flanagan ya no tendremos de qué preocuparnos.

—Eso espero.

—Yo te facilitaré un duplicado de la llave del apartamento del comisionado. Es una suerte que sea soltero, ¿no te parece? A las 23.30, en punto, lo llamaré por teléfono provocando una discusión. Eso le mantendrá con la atención puesta en nuestro asunto y tú podrás balearlo sin problemas. ¿Alguna pregunta?

—No.

—23.30 horas, no lo olvides. ¡Puntualidad cronométrica!

—Le llamaré... después.

—No es necesario, Hugh. Durante unos días será mejor que no mantengamos ningún contacto extraoficial, ¿de acuerdo?

Se puso en pie.

—De acuerdo.

—Buena suerte, Farley.

El jefe de Asuntos Internos salió de la estancia sin responder ni hacer el menor comentario a los deseos del otro.

Murmuró, camino de la calle, para sus adentros:

«Buena suerte... sí».

Capítulo II

KEVIN Buchanan se perdió en el interior de aquel par de esmeraldas que ella tenía por brillantes pupilas.

Si... por unos segundos, aquellos ojazos grandes, móviles, de extraordinario fulgor verde, parecieron absorber con avaricia la silueta delgada, pero atlética y elástica del sargento Buchanan del Departamento de Homicidios.

Ella, coqueta y gatuna, preguntó:

—¿Ves algo extraño en mis ojos?

—Veo todo el fulgor misterioso de Oriente, princesa.

Muy despacio besó los ojos de la hembra.

—Me pones nerviosa cuando me besas...

La estrechó con fuerza sintiendo cómo ella se abandonaba complacida, entre sus brazos, comunicándole la firme tibieza de sus pechos graníticos.

Se hundieron sus bocas y los labios de ambos empezaron una guerra sorda, sin cuartel, saboreándose mutuamente.

—Tu boca sabe a fresa, prenda.

Mary Anne Coburn soltó una tenue carcajada.

—Será por el chicle.

—Muy ocurrente.

Echaron a caminar calle abajo, entre la gente, fuertemente cogidos por la cintura hasta semejar un solo cuerpo.

—¿Por qué has salido tan tarde, Kevin?

—Farley se ha largado a media tarde, cosa extraña, y me he tenido que retrasar un poco por si se producía alguna novedad.

—Hugh Farley es el jefe de Asuntos Internos, ¿no? —preguntó la bella mujer.

—O.K. Pero no es tan bello como tú.

—Lo supongo. Kevin...

—¿Sí...?

—¿Tenéis algún problema en el Departamento?

El sargento Buchanan arqueó las cejas con manifiesta sorpresa.

—¿Problema? —repitió—. No. ¿Por qué habíamos de tenerlo?

—Lo ignoro —se encogió de hombros ella. Agregando—: Todo lo que puedo decirte es que el comisionado ha convocado una rueda de

prensa para mañana a las doce.

La sorpresa de Buchanan se acentuó.

—¿Cómo lo sabes?

—Olvidas que pertenezco a la redacción del *New York Herald Tribune*... y que pertenezco a esa redacción, entre otras razones, porque soy periodista.

—No... —el pelirrojo se mordió el labio inferior. Puntualizando —: Pero me extraña, y mucho, que Bruce Bernard Flanagan haya convocado esa conferencia de prensa sin decir ni media palabra al Departamento. No es corriente, Mary Anne.

—Lo suponía, Kevin. Por eso te he preguntado si había algún problema.

—Te repito que no. ¡Bueno...! Que yo sepa, claro. ¿Cuándo te has enterado?

La periodista miró su diminuto reloj de pulsera.

—A esta hora ya debe ser oficial... pero yo lo sé desde las seis de la tarde. Alexandra, la secretaria de Bruce Bernard, y yo, somos íntimas amigas.

—Lo sé. Pero...

—Me ha llamado en cuanto él le ha dicho que iba a convocar esa rueda.

—Raro...

—Y más raro todavía que según deducciones de Alexandra, Flanagan tenga una bomba en las manos.

Kevin Buchanan no ocultaba la extrañeza y preocupación que sentía frente a las palabras de la muchacha. Su gesto se había tornado taciturno.

—De veras que no entiendo nada. Y todo eso me da mucho que pensar.

—Quizá debiera haberme llamado, Kevin.

Se inclinó para besar la boca femenina ante el asombro de algún transeúnte.

—No, prenda. Has hecho bien. Hace tiempo que se oyen rumores, ¿sabes? Corrupción, sobornos...

—Eso no es verdad —sonrió ella.

—No. Pero últimamente tengo la sensación de que la cosa puede ser grave. Y eso encajaría con lo de la bomba que según deducciones de Alexandra Savage el comisionado puede tener en las manos. En fin...

—¿Nos olvidamos ahora de todo eso, amor?

—O.K., bonita. ¿Vamos a comer un bocado?

—Sí —accedió ella. Y añadió—: Si no te importa lo haremos en el restaurante del periódico. Hoy tengo guardia hasta las dos.

—¿Hay camas en el periódico?

—Frío, guapo. Tiene cinco días de calma por delante.

—¿Ya...? ¡Pues sí que va rápido eso!

Se volvieron a besar.

Capítulo III

JENNIFER Sydow era una mujer con clase.

Y con estilo.

Y con maneras.

Hembras que despierten en uno el deseo de llevarlas a la cama, corren por el mundo la tira. Ya sea por su cuerpo de carnes voluptuosas y contorno excitante... ya sea por la belleza de su rostro, la sensualidad de sus labios, el calor excitante e incitante de sus ojos, el desafío de sus senos lúbricos a la ley de gravedad masculina, etc., etc.

Pero son hembras de eso... de llevarlas a la cama y punto.

Jennifer era mujer de exhibición.

Podías acostarte con ella y luego presentársela al ministro de Asuntos Exteriores o al secretario de Estado para que los dos se quedasen con la boca abierta y dijeran convencidos que era toda una señora: una señora de pies a cabeza.

Con clase.

Hasta para revolverse entre las sábanas tenía clase, estilo y maneras, lo cual no es muy frecuente.

Su cuerpo era una filigrana.

La naturaleza tenía aquellas cosas. Cuando le daba por convertirse en delineante y trazar esbozos en el papel vegetal de la vida, conseguía obras maestras de la geometría humana.

Como Jennifer Sydow.

Porque su cuerpo era curvilíneo, exacto y milimétrico.

Bajo el pijama transparente de pantalón corto color manzana, ahora, sus encantos cobraban un encanto majestuoso. Desde el suave trazado de sus finos tobillos hasta los muslos cobrizos, erotizados, pasando por la ágil y perfecta curva de unas piernas majestuosas que iniciaban el ritmo cálido, la samba tropical que se marcaban sus nalgas plenas, sutiles, deseables, pero selectas.

En la breve cintura se fundían los posos de aquellos glúteos magistrales y el arqueado de sus costados que se apretaban en torno a unos pechos píncnicos, arqueados y vibrátiles, fuentes apasionadas de deseo y al mismo tiempo de exquisitez y elegancia.

Su óvalo tostado sumaba labios rojos y agrietados, suaves y sexuales, que apuntaban múltiples sensaciones las cuales acababan de

ser definidas por unos ojos impresionantes, negros, vivos, de excitante personalidad.

Era todo un orgullo haber adquirido la legitimidad de llevarla a la cama una noche así... y otra también.

Aunque a la hora de eso, frente a una mujer como Jennifer, poco importaba la legitimidad o no y sí el cubrirse con las mismas sábanas.

Se había sentado frente al tocador para enredar las púas del cepillo con sus largos cabellos azabache.

—¿Estás en el baño, querido?

El, efectivamente, salió del baño en aquel instante.

—Ya lo tienes libre, amor.

Jennifer expresó sorpresa al comprobar que su marido traía una grabadora pequeña entre los dedos de la diestra.

Dejó el peine sobre el tocador y girando su negra testa, quiso saber:

—¿Dónde vas con eso?

—Quiero escuchar música —respondió el hombre—. ¿Te importa?

Jennifer lo envolvió en una suave y tentadora sonrisa de sus labios lúbricos.

—¡Oh... no! Claro que no. Pero me sorprende.

—¿Te sorprende que quiera escuchar música?

—No exactamente —repitió la hermosa mujer. Y tras echar una ojeada al reloj que descansaba en la mesilla de noche más cercana al tocador, dijo—: Me sorprende que quieras escucharla a estas horas. Son las diez... y tú eres muy estricto en eso del horario. La noche para dormir...

—Y para hacer el amor contigo. Y eso... tiene más sabor con música adecuada, ¿no crees? Unos boleros pueden actuar como afrodisíacos.

La sonrisa escéptica que ahora ocupó los labios de la mujer fue toda una explicación.

—Yo no estaría a gusto contigo ni con todas las orquestas melódicas del mundo tocando al mismo tiempo.

El no pareció sentirse muy afectado. Al contrario, aceptó las palabras con encomiable sentido filosófico.

—Tu sinceridad te honra, querida. A veces pienso que debí dejar que metieran a tu padre en la cárcel de por vida y...

—Y que yo me casara con el hombre que amaba, ¿no? Que mi padre fuese a la cárcel te importaba un rábano, pero que yo me casara con...

—¿Bruce Bernard Flanagan?

—Lo sabes muy bien —puntualizó ella.

—¿De qué te quejas, Jennifer? Te has seguido acostando con él cuando te ha venido en gana, ¿no?

Sonrió la hembra.

—Sí. ¿Para qué lo preguntas si lo sabes? Pienso que en el fondo eres masoquista y te encanta esta situación.

—Sólo yo, muñeca, supe desde el primer día que eras una golfa. También le hice un favor a Bruce Bernard, ¿no crees? Y vosotros me lo habéis intentado pagar con la traición. Te tiene a ti, pero no le basta, ¿eh?

—No te entiendo...

Por toda respuesta puso la grabadora en funcionamiento. El primer compás del bolero que surgió del aparato estaba en voz de la propia Jennifer Sydow. Con estos compases, con esta letra:

«Este juego me parece muy peligroso, Bruce.»

Acto seguido intervino un registro masculino. Así:

«No viviré tranquilo hasta haberlo aplastado como una cucaracha. Es dañino, ambicioso y cruel. Pudre todo lo que toca porque está podrido desde el día que nació. Por eso voy a terminar con él, Jennifer. He fotografiado una por una las hojas de ese maldito libro... ¡y es su ruina! No existe para mí sensación en el mundo más maravillosa que verle sentado frente a un tribunal para responder de todas sus felonías.»

«¡Bruce, Bruce...! Deja tus sueños de venganza. A la larga se revuelven contra uno. ¿Por qué no un accidente? Es más rápido. Yo heredaría una parte de su fortuna y podríamos empezar una nueva...»
«¡No, Jennifer, no! ¿Matarlo dices? ¡Por favor, no me hagas reír! ¿Es que no lo entiendes? Para asesinarlo no hubiese esperado tanto tiempo. Un par de proyectiles serían una bendición para él. Pero un proceso con todo el rosario de humillaciones que comportará, un fiscal diciéndole en su cara que es todo lo que es, una larga condena, una penitenciaría... ¡eso es lo que yo quiero para el!»

«Tú no sabes jugar con sus armas. Bruce. Eso acabará convirtiéndose en un boomerang que se volverá contra ti...»

El hombre pulsó la tecla del aparato en que se leía «stop».

Y matizó:

—Exacto, Jennifer, exacto. Golfa... pero inteligente. Tú lo has dicho: un boomerang que se volverá contra él.

Jennifer Sydow estaba pálida como un cadáver.

—Por favor... —le temblaban los labios—, ¡no! Haré lo que tú quieras, todo lo que me mandes. ¡No veré nunca más a Bruce...! Pero no lo hagas, no lo hagas, te lo ruego...

El, burlón y sádico a la vez, enarcó las hirsutas cejas.

—¿Hacer...? —preguntó y pareció preguntarse, esbozando una expresión de inocencia con fondo de perversidad—: ¿Hacer... *el qué?*

Ella, vacilante, sudorosa y con labios cada vez más trémulos, pudo decir:

—Mat... ¡Matarlo! Te lo suplico... Harás de mí lo que quieras, ¡lo juro!

—¿Puedo creerte, Jennifer?

Ella corrió hacia el hombre ofreciéndolo todo.

—Puedes...

—Está bien —parecía convencido. Añadió—: Coge el teléfono y llámale.

—¿A quién...?

—¿A quién va a ser, estúpida? ¡A Bruce Bernard Flanagan!

—¿Para... para qué? —tartajeó la bella y excitante mujer.

Otra sonrisa cruel ocupó los labios finos del individuo.

—Para decirle que a las 23.30 en punto de esta noche, Hugh Farley, jefe de Asuntos Internos de la Policía, estará en su apartamento para cerciorarse de qué color tiene las tripas después de habérselas rellenado de plomo.

—¡Me estás mintiendo!

La mano del tipo se estrelló con inusitada y sonora violencia contra la mejilla de Jennifer. Su cuerpo espléndido se despatarró sobre la alfombra.

—No consiento que una cualquiera como tú me llame embustero.

La mujer se acariciaba la parte dolorida de su rostro.

—Te creo... ¿Y luego?

—Le dices que cuando se haya deshecho de Farley que me telefonee... porque quiero hablar con él. No olvides, muñeca, que está en posesión de unas fotos que pueden comprometerme seriamente. Flanagan no es un James Bond, pero reconozco como buena la idea de sacar negativos de las páginas del libro. Más adelante hablaremos tú y yo, detenidamente, de este asunto. Ahora... ¡ve y llámale!

Torpe, con movimientos nerviosos, afirmándose en el borde del lecho, se puso en pie.

—Sí, si... Como tú digas.

Capítulo IV

ERA curioso, extraño y hasta sobrecogedor, ver lo que normalmente era una torre de babel informativa, un maremágnum de noticias y confucionismo, un mercado persa rebosante de trasiego, conversaciones, gritos incluso y febril actividad, trocado en un remanso de paz y quietud.

En un oasis de silencio.

Sí, porque a aquellas horas, la sala central de redacción del *New York Herald Tribune* respiraba tal hálito de serena tranquilidad, de asfixiante sosiego diríase, que hasta permitía concentrarse en los propios pensamientos, hasta concedía la insólita oportunidad de meditar.

Sólo el personal de guardia, algún que otro amigo visitante acompañando al que cumplía su monótono servicio y para usted de contar.

Kevin Buchanan no se integraba en el censo de visitantes porque era harto conocido de todos los componentes de la plantilla del rotativo. El fiel enamorado de Mary Anne Coburn era ya como de la casa.

Ella se movía por el lugar con profesional soltura, yendo de un lado para otro, atendiendo llamadas telefónicas, observando las anotaciones que aparecían en las pantallas de video, echando una ojeada a la sala de télex de cuando en cuando, acercándose también al policía para rozar sus labios con los de él...

El sargento de la Brigada de Homicidios, identificado con la quietud reinante, cuando conseguía apartar sus ojos amantes de la grácil figura de la joven o cuando en su boca se extinguía el sabor dejado por la de ella, trataba de centrarse en sus meditaciones.

Porque desde hacía varias horas un íntimo desasosiego le asfixiaba psíquicamente.

Recordaba, aún sin quererlo, las palabras pronunciadas por Mary Anne aquella tarde al encontrarse:

«¿Tenéis algún problema en el Departamento?»

«Todo lo que puedo decirte es que el comisionado ha convocado una rueda de prensa para mañana a las doce.»

Así que, Bruce Bernard Flanagan, comisionado de la Policía Metropolitana de Nueva York, había apalabrado una rueda de prensa

sin decir esta boca es mía al Departamento.

La rueda de prensa, como tal, pensaba Kevin, no podía tener un significado especial... no. Pero el hecho de tratar de mantenerla en secreto...

«Y más raro todavía que según deducciones de Alexandra, Flanagan tenga una bomba en las manos», había sentenciado la periodista ante las frases de extrañeza de él.

La decisión de Flanagan respecto a su charla con los medios de comunicación... ¿tendría que ver con la inquietud reinante en fuentes policiales durante los últimos meses? Había corrido el rumor, *sotto voce*, de un poder incógnito controlando ciertos personajes clave del entorno policial, dando órdenes para que se produjesen determinadas anomalías...

Rumores, sí. Pero Asuntos Internos no había intervenido piara nada. No se había abierto expediente alguno para investigar la conducta de ninguna persona determinada. Rumores, sospechas...

¿Y si el comisionado había investigado por su cuenta y riesgo llegando a conclusiones que iba a exponer directamente a la prensa?

¡Y tanto que podía ser una bomba!

Mary Anne trunció en seco y agradablemente el hilo de sus pensamientos, al inclinarse frente a Kevin para besar sus labios.

—Ese chicle es infalible... —musitó él, pasándose la lengua por encima de los suyos, significativamente, como si deseara retener el sabor de la boca femenina—. Lo deben fabricar en el cielo, ¿no?

—Tu poesía suena resquebrajada, Kevin —observó, la chica, muy intuitiva—. ¿En qué piensas, policía? ¿Qué te preocupa?

—Nada en particular...

—Y todo en general, ¿no? Se trata de lo de la rueda de prensa del comisionado, ¿verdad?

—Algo hay de eso, pequeña.

—Sólo faltan unas horas para salir de dudas, Kevin. No te tortures más, ¿eh? ¡Ah y ya que hablo de horas... —miró su reloj de pulsera—, dentro de una estamos en la calle! Voy a seguir con lo mío, precioso.

—O.K.

Lo volvió a besar.

—Te quiero, polizonte.

—Y yo a ti, feúcha.

Se alejó hacia una de las pantallas de video.

Kevin siguió el contoneo preciso y precioso de aquel cuerpecito con mirada cálida.

Con arrobó.

Sus nalgas enterradas en aquel blue jeans hacían graciosas y femeninas cabriolas.

Y no era, desde luego, una mujer espectacular.

De esas que al mirarlas te quedabas sin resuello.

Y pensando lo bien que te lo pasarías con ella en la intimidad de una alcoba con lucecillas rojas.

Y deseándola con pasión lúbrica.

No. Mary Anne Coburn, no era de esas.

No despertaba, de inmediato, ese instinto carnal, esa vehemencia erótica que todo hombre lleva dentro, más o menos dormida y que, como la brújula al norte, se pone en vibración al detectar los encantos físicos de la hembra.

Definitivamente, Mary Anne Coburn no pertenecía a esa especie.

Pero tenía «ángel».

Tenía «algo» que atraía.

Y tenía también un par de maravillosos ojos verdes, suaves como el terciopelo, cálidos, llenos de promesas, que sabían mirar con infantil candor... y a veces con sugerente y cautivadora picardía.

Su cuerpecito menudo estaba en posesión de todo lo necesario, de aquello que era imprescindible en una mujer, pero en acertada proporción con su reducida envergadura. Había curvas suaves, bruscas algunas como tenía que ser... pero exentas de recortes exagerados y agresivos; había una cintura de avispa, frágil, y por encima de ella unos manantiales tibios, erectos, prietos y sutiles... pero sin alardes. Por debajo unas caderas de grácil contoneo, delicadas, de gracioso rotar, que acababan cautivando por lo suave de su plenitud... por lo disimulado de su rotundidad. Las piernas de muñequita de escaparate... de esas muñequitas perfectas que los fabricantes ponían en manos de las niñas sin dejar margen al juego de la imaginación, estaban trazadas con bastante exquisitez, con perfección diríase, pero sin alardes. ¡Ah... y con mucho margen al juego imaginativo!

Por todo eso y por las demás cosas que un hombre enamorado — sólo él— descubre en la mujer que ama, Kervin Buchanan la miraba extasiado, con arrobos, sí.

Pensando que era lo más bonito del mundo.

Poco rato después ella volvió por otro beso y él se lo dijo:

—Eres lo más bonito del mundo, Mary Anne.

—Exageras —dijo sin ironía, acompañando el vocablo de otra caricia con la boca. Y añadió tras la efusión—: Con las mujeres hermosas de físico exuberante que a diario se cruzan en tu existencia... ¿cómo has podido enamorarte de una insignificancia como yo?

Ahora, Kevin sí ironizó:

—Será porque el amor es ciego.

—Será por eso... De lo contrario, no se explica.

La trivial conversación fue interrumpida por una voz que surgió del interfono conectado con talleres.

—Señorita Coburn, ¿podemos cerrar la página de última hora?

—Espere, señor Donlevy. Voy a dar un nuevo vistazo al télex y cerramos.

Kevin la vio alejarse de nuevo y suspiró.

—¡¡Kevin...!!

Buchanan se envaró estirándose en su asiento.

Era un grito...

¡Era la voz de Mary Anne que gritaba su nombre desde la sala de télex!

Corrió hacia allí como una exhalación.

—¡Mary Anne, Mary Anne...! —exclamó, al entrar—. ¿Qué ocurre?

Ella, en silencio ahora, le tendió el pedazo de la tira de papel que acababa de arrancar del télex.

Kevin lo metió bajo sus ojos.

Este era el texto:

NEW YORK, JULIO, 15, 1982.

BRUCE BERNARD FLANAGAN, COMISIONADO
POLICE NEW YORK CITY, ASESINADO EN SU
DOMICILIO.

JUNTO AL CUERPO PRIMERA AUTORIDAD
POLICIAL HALLADO OTRO CADAVER CUYA
IDENTIFICACION CORRESPONDE A HUGH
FARLEY, JEFE ASUNTOS INTERNOS
METROPOLITAN POLICE.

INTERNATIONAL PRESS COMMUNICATION.

—¡Santo cielo! —exclamó el de Homicidios, devolviendo, maquinalmente, el papel a Mary Anne.

—Kevin...

Pero Kevin Buchanan corría hacia la puerta con la misma rapidez que entrara.

—¡KEVIN...! —repitió la chica con mayor estridencia.

—¡Eh...! —revolviéndose, inquirió, saltones los ojos metalizados—: ¿Qué... qué quieres, Mary?

—¿Dónde vas, policía?

—¡Por Dios, pequeña! ¿Es que no puedes imaginarlo?

—Sí...

—¡Hasta luego, Mary Anne!

—¡KEVIN...!

Revolviéndose de nuevo, se impacientó:

—¡Cristo santo! ¿Qué quieres ahora, muchacha?

—¿Puedo reunirme contigo... *allí* —matizó significativamente la palabra *allí*, refiriéndose al domicilio del comisionado—, cuando termine la guardia?

—¡Puedes, puedes...! ’

—Ten cuidado, Kevin —susurró, viéndole desaparecer como una exhalación.

Capítulo V

PARECÍA, ¡de veras!, como si los coches radio patrulla de la policía de Nueva York hubiesen parido.

Porque concentrados frente a la entrada del moderno y surrealista edificio señalado con el número 804 de West Shore, delante del brazo azulado que formaba Prall's River, en pleno corazón de Staten Island... ¡había la tira de autos con el escudo policial volteado por: PÓLICE, CITY NEW YORK!

Un cordón de agentes uniformados mantenía a raya al nutrido grupo de curiosos que aumentaba a cada minuto.

Kervin rompió el cerco con habilidad.

Bueno... con relativa habilidad.

Alguien le plantó una manzana en mitad del tórax empujándolo hacia atrás violentamente, sin ningún miramiento.

—¡Eh... chico listo! ¿De qué te las das tú?

Buchanan hizo un esfuerzo para no perder la calma, para no aporrear aquella cara de mastuerzo que colgaba debajo de la gorra.

—Me las doy de sargento de la Brigada de Homicidios.

Y le metió la placa casi dentro de los sesos.

—¡Oh...! ¡Perdone mi torpeza, sargento! Es que el capitán Culp ha dado órdenes estrictas de que no pase ni Dios.

—Ya...

Con una diminuta pinza que llevaba en el bolsillo para casos como aquél, se colgó la identificación del borde de la solapa izquierda.

Corrió, así, hacia el vestíbulo del 804.

¡Menudo «cacao» tenían formado los chicos!

Habían levantado a todo el personal residente en el edificio. Gente con pijama por los pasillos, mujeres que se tapaban, otras que aprovechaban para destaparse, voces, gritos, imprecaciones... ¡Un Cafarnaum de padre y muy Señor mío!

Escaleras arriba.

La puerta del apartamento, obvio, estaba abierta.

El uniformado que montaba guardia miró con cierto recelo la credencial que colgaba de la solapa de Buchanan y se hizo a un lado que éste entrase.

Los de dactiloscopia estaban haciendo virguerías por doquier... buscando huellas en la superficie de las bombillas, en las cerdas de los

cepillos de dientes, en el mango de una sartén y muy posible que lo hicieran también en el rollo del papel de water.

Eficaces que eran los chicos.

Y más fotografías que en la boda de Lady Diana.

Con tanto reportero gráfico los muertos, por fuerza, tenían que salir muy guapos.

—¿De dónde sales tú, muchachote?

—Soy Buchanan. De homicidios. Precinto 16.

—¿Estás fuera de tu jurisdicción, no te parece, Buchanan?

Un vozarrón grave, de eco quebrado, intervino así:

—¿Quién ha pronunciado el nombre de Buchanan?

—Yo, capitán —repuso el que había cortado el paso a Kevin. Y metiendo el índice de su diestra en el pecho del muchacho, gritó—: ¡Este es Buchanan, capitán!

—Venga para acá, Buchanan.

¡Joroba! ¡Le iban a gastar el apellido!

Fue.

El capitán estaba rodeado de gente. Policías, médicos, forenses... porque todos habían venido por parejas o tríos, como en el póker.

Bueno, había que pensar que el muerto... LOS MUERTOS, eran el comisionado de Nueva York y el jefe de Asuntos Internos. Era lógico, pues, que proliferasen allí de los del oficio.

La voz, el vozarrón grave y quebrado mejor dicho del capitán, nada tenía que ver con su anatomía. Porque más bien era poca cosa, canijo para ser exactos. Debió ingresar en el cuerpo en una época que la escasez hacía olvidar las medidas mínimas exigibles, porque era seguro que ni de joven daba la talla.

Muy delgado, pero muy vivo y nervioso para sus sesenta y tantos. Y con mucho pelo blanco y ondulado, demasiado para almacenar sesenta y pico de tacos. Los bucles leoninos le caían por todas partes como les ocurría a aquellas postales antiguas que reflejaban rostros de artistas del año 20. Tenía unos ojos muy claros que consumían avaramente todo lo que entraba en su campo de acción, que se quedaban con la «copla» al instante... y que sufrían por poder «comerse» lo que estaba fuera de su control.

Empujó a dos de quienes le rodeaban para dejar paso al que llegaba.

—¡Vaya...! Así que tú eres Buchanan, ¿eh?

—¿Me conoce, señor?

—Sólo de nombre, chaval, de nombre. Conozco de nombre a casi todos los polis de esta maldita ciudad. Así que Buchanan, ¿eh? —y estaba casi girando en torno a él.

—¿Me imaginaba de otra manera, señor?

—Nunca me hago composiciones de lugar antes de tiempo, muchacho. Así que te has enterado del asunto, ¿eh? ¿Cómo?

Se lo dijo.

—¡Mira qué bien, hombre! —exclamó el menudo capitán—. Así que tienes una novia periodista, una componente del tercer poder, ¿eh? ¡Vaya con Buchanan, hombre! Estarás siempre bien informado, ¿eh?

—Procuro estarlo, capitán. Pero por otros canales. Lo de esta noche ha sido una casualidad.

—Ya —musitó el capitán—. Ven conmigo.

Dejaron a cuantos allí se apelotonaban para internarse en el living y de él pasar a una estancia grande, muy iluminada en aquel instante, con grandes ventanales y amueblada con características de biblioteca y oficina.

El suelo estaba enmoquetado.

Y en determinadas partes de la moqueta había manchas y pequeños charcos de sangre.

—Echa una ojeada —dijo el capitán—, y dame luego tu versión, ¿te parece, muchacho?

—O.K., capitán.

El vistazo tenía que ser atento.

Sagaz y profesional.

En primer plano, por delante de la mesa y a unos tres metros de ella, de costado, doblado sobre sí en grotesca pose estaba el cadáver de Hugh Farley, jefe de Asuntos Internos.

Un balazo en el pecho, medio oculto el impacto por la postura, y otro muy claro, limpio, en mitad de la garganta.

¡Quién lo hubiera dicho cuándo le vio salir aquella tarde mientras él calentaba al macarra en el Bureau-2!

Y ahora... MUERTO.

Y al parecer, su ejecutor era Bruce Bernard Flanagan, comisionado de la Policía de Nueva York.

¡Absurdo!

Porque Hugh, a su vez, había ventilado a Flanagan.

Estaba detrás de la mesa y como dos metros a la izquierda de ésta al pie de una de las estanterías, medio retrepado contra ella, doblada la cabeza hacia delante hasta casi incrustar la barbilla en el tórax, manos caídas a ambos lados y un tanto alejadas del cuerpo... la automática a escasos centímetros de los dedos de la izquierda y tres proyectiles en el cuerpo, uno a la altura del diafragma y los restantes en pleno vientre.

Volvió sobre sus pasos para observar el cuerpo inerte de Hugh Flanagan. La pistola había resbalado de su derecha, pero los dedos

estaban en ligero contacto con la culata.

—¿No es suficiente todavía, Buchanan?

Se encogió de hombros con mezcla de abatimiento y confusión.

—¿Era zurdo el comisionado, señor?

—¡Jope! —brincó el capitán como si tuviera muelles en la suela de los zapatos—. ¡Pues sí que empezamos bien! ¿Cómo quieres que lo sepa? Lo averiguaremos en su momento, ¿no crees? Además... te he dicho que me dieras tu opinión, no que me interrogaras. Para tu buen gobierno y efectos oportunos, te diré que de momento, nadie, absolutamente nadie, me apunta como sospechoso.

—Perdone...

El superior se le acercó dándole un manotazo en ambos hombros, al unísono, para lo cual, obvio, tuvo que brincar lo suyo.

—Tranquilo, chaval, tranquilo —otro saltito. ¡Aquel tío parecía tener cuerda! Añadió, sin cesar en su movilidad ni en el girar incesante de unos ojos vivos, muy claros, como de gato, y muy hambrientos—: ¡Soy muy descortés, lo sé! Entiendo que lo soy. Pam me lo dice cada día, me, lo lleva diciendo casi treinta años.

—Entiendo, señor. Pam es su mujer.

—¡Fenómeno, chaval, fenómeno! Los que me habían hablado de ti sabían lo que decían. Tienes carácter, Buchanan. ¿Cómo es tu nombre?

—Kevin.

—Decía que soy descortés, bruto y maleducado.

—No veo el por qué.

—No me he presentado.

—Huelga, señor —sonrió Buchanan, cada vez con mayor aplomo—. Usted es el capitán James Earl Culp, del Precinto 7, Manhattan Sur.

—Exacto, Kevin —y ahora, de repente, se puso muy serio. Agregando—: Lo que tú no sabes es que estoy aquí, por razón de antigüedad en el cargo, lo cual por el momento me asigna la conducción de este desagradable asunto... Pero hay otra razón específica, más importante, de mayor densidad: me han llamado de la central, de Washington, del despacho de los que manejan el cotarro, un hombre que pronuncia palabras muy bonitas y que habla con voz pausada y que me ha dicho que hasta nueva orden quedo nombrado comisionado en funciones. Me ha hablado también de rapidez, de discreción, de habilidad, de tacto, de inteligencia... y no me ha hablado de su padre por que posiblemente no lo conoce. ¡Malditos imbéciles de mierda! Pero ¿qué se han creído? ¿Es que no comprenden lo que esto significa? ¡Politicastos que sólo piensan en escalar posiciones de poder a costillas de cuatro o cuatro mil desgraciados

como nosotros! ¡No... no pueden entender, ni con música, lo que esto significa!

El mismo impuso una pausa de silencio que Buchanan respetó.

Luego, James Earl Culp, abarcando con un movimiento de su diestra los inmóviles cadáveres, añadió:

—Aquí, ¡aquí en esta maldita estancia!, hay dos muertos. Existen muertos... —moderó el tono de su voz quebrada al tiempo que caminaba en círculo alrededor de Kevin—, Buchanan, que tienen la habilidad de pasar desapercibidos. Otros incluso, tienen la desgracia de que sus más íntimos se alegren de su partida. Pero estos muertos... ¡estos que están aquí!, nos van a complicar la vida a nosotros, ¡y de qué manera! Porque nuestra imagen, la imagen exterior y pública de la policía acaba de sufrir un duro golpe. Y ese tío mierda me viene hablando de tacto, de habilidad, de discreción, de rapidez... La noticia ha saltado por los teletipos. Medio país sabe a estas horas que el comisionado de Nueva York y el jefe de Asuntos Internos han discutido sus diferencias a balazo limpio. Y ahora digo yo: aunque reúna todo el tacto, inteligencia, habilidad y discreción del mundo, ¿qué les cuento mañana a cien periodistas que me voltearán como carroña con sus picos afilados amenazando destrozarme? ¿Cómo puedo justificar esto...? ¡esto! —volvió a señalar los cadáveres— ante la opinión pública.

Kevin, ante el nuevo silencio que parecía aguardar una respuesta, decidió, al no tenerla, advertir:

—¿Está usted al corriente, capitán, de que Bruce Bernard Flanagan había convocado una rueda de prensa para mañana a las doce?

—Sí... —cabeceó meditativo, reanudando sus paseos. Añadiendo —: Y eso complica mucho más las cosas. Porque supongo que piensas lo que yo, ¿no?

El pelirrojo, metiendo las yemas de los dedos entre sus dísculos y alborotados pelos, dijo:

—No sé lo que usted piensa, pero yo, y más ahora, estoy convencido de que el motivo de esa conferencia de prensa no era otro que airear irregularidades del Departamento.

—Y Farley que lo sabía, vino a cargárselo. Lo que significa que el jefe de Asuntos Internos formaba parte de esas irregularidades, ¿no?

—Por mucho que nos duela, señor, ésta, por el momento, es la única hipótesis válida.

—Y lógica —aseveró el pequeño Culp—. Y natural. ¡Y a la que habrán llegado también los periodistas! —Se acercó a Kevin como si de pronto hubiera descubierto algo extraño en él, mirándole con curiosidad... con inquisitiva curiosidad—, Buchanan, estás en el

mismo Precinto que Farley. Debías conocerle, ¿no?

El movimiento de su testa rojiza fue elocuente.

—Poco, señor. No hablaba apenas. Era un tipo solitario e introvertido. Era... bueno, parecía un buen policía.

—Un buen policía no mata a su comisionado. Y en caso de tener cargos contra él acude a los superiores, apela al conducto reglamentario. Hugh Farley era un mal policía... un policía corrupto que medraba en el soborno. Un traidor. Pero ni aun diciendo esto solventaríamos nada. En fin... Mañana, hoy mejor dicho, a las ocho, te quiero en mi despacho, Buchanan.

—Bien, capitán. ¡Oiga, señor!

—¿Sí?

—¿No nota usted nada extraño en este... «escenario»?

—¿Extraño? —arqueó las níveas cejas—. ¡Oh, sí, claro! ¿Te parece poco extraño, Buchanan, que un comisionado y un jefe de Asuntos Internos se lleen a tiros? Y qué encima tengan los dos el mal gusto de largarse para que nadie pueda explicarse el porqué.

—No me refería a eso, capitán.

Otra vez enarcó las cejas.

—¿No? ¿Entonces...?

—Esos cadáveres, señor, están... ¿cómo le diría? Están... *demasiado bien puestos*. Sus posiciones no tiene la naturalidad propia de quienes mueren a tiros. Hay una quietud extraña en sus músculos.

—¿Quieres hablar concretamente?

—Parece como si una vez muertos los hubiesen puesto aquí.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Especialmente la postura de Bruce Bernard Flanagan.

Justo en aquel instante apareció en el umbral un agente de uniforme que mirando al capitán y tras cuadrarse, anunció:

—Acaba de llegar el señor Vincent Francis Flanagan, capitán.

—¡Toma, la guinda que nos faltaba! El primer teniente de alcalde de nuestro ínclito y nunca bien ponderado municipio. ¡Y hermano del comisionado por si fuera poco! ¿Cómo puñetas se me había escapado ese jerifalte? ¿Cómo no había pensado en él... en que lógicamente asomaría el morro por aquí? ¿Me estaré haciendo viejo? ¡Seguro! ¡También me lo dice Pam! Pero en fin... ¡Curtis de todos los demonios!, ¿qué hace ahí, parado, quieto como un muerto? ¡Eh...!

El agente se envaró, cuadrándose de nuevo.

—¿Señor...? Estoy esperando sus...

—¡Dígale que pase! ¡Ya!

—¿Me marchó, señor? —inquirió Kevin, al alejarse el de uniforme.

James Earl Culp le miró con expresión vacía, como si no le viera o como si su pensamiento estuviera muy lejos de allí.

—¿Eh...? balbució. Y volviendo repentinamente a la realidad, a la cruda realidad del entorno, miró al pelirrojo con fijeza ahora al tiempo que desgranaba—: No... —se mordió a tirón seguido el labio inferior para puntualizar—: No, quédate. Al fin y a la postre y con ello le adelanto algo de lo que pensaba decirle mañana: nosotros nos hemos hecho cargo ya, *oficialmente, de este asunto*. ¿Comprendes?

—Bueno, no mucho. Entiendo que me asigna el caso bajo su supervisión, ¿no?

—Perfecto. Y te lo asigno por la lógica y elemental razón de que tú, Kevin Buchanan, desde este mismo instante e interinamente, eres... *el nuevo jefe de Asuntos Internos*. Entra en mis atribuciones de comisionado accidental. ¿Sorprendido?

El pelirrojo trató de obsequiarle con un rictus agradable que no sabía muy bien que tal encajaba en aquellas circunstancias. Procuró que no pasase de mueca indefinida, vaga. De aquel tipo de muecas que podían tener muchos significados.

—Un poco, claro.

—Es que me hacía falta un tipo honrado, ¿sabes? Y últimamente, donde yo trabajo, andamos un tanto escasos de esa clase de material.

Aquel hombre, pensó Buchanan, era todo un caso.

Un tío con personalidad, sí, el tal capitán James Earl Culp.

¡De qué manera tan sutil y retorcida al mismo tiempo había venido a halagarle! Y a ascenderle también.

—Procuraré no defraudarle, capitán —por dentro, Kevin, ardía de satisfacción, olvidándose incluso de los muertos que le habían catapultado a la inesperada coyuntura. Y matizó—: No sé hasta dónde llega mi capacidad profesional, señor... pero de lo que sí puede estar usted seguro es de esa honradez que me atribuye.

—Lo sé, muchacho, lo sé...

Y pegó un brinco para poder machacarle ambos hombros a porrazos.

—El señor Vincent Francis Flanagan... —apareció otra vez el guardia.

El hombre de unos cincuenta, año arriba, año abajo, entró como una bala gruñendo algo que podía ser un saludo. Se puso al lado del cadáver del comisionado, inclinándose con cierta reverencia, pegados los dos brazos a lo largo del cuerpo y tan apretados los puños que sus nudillos blanqueaban con evidencia.

Estuvo así a lo largo de varios minutos.

Luego, apenas si dedicó unos segundos de atención a Hugh

Farley, revolviéndose como una fiera enjaulada, chispeantes los

ojos, con un brillo rojizo en el que se fundían el llanto contenido, la rabia, el odio y la desesperación, encarándose con los dos policías.

Pareció, por unos segundos, que lograba dominarse. Sin embargo, de súbito, estalló, encarnado el rostro como al borde de un ataque de apoplejía y marcándose en su cuello, con claridad, venas que parecían tirabuzones:

—¡Seré yo quien dé mañana la rueda de prensa que mi hermano había convocado! ¡Yo, señores! No sé lo que él tenía que decir... aunque me imagino que algo muy importante porque de lo contrario no le habrían asesinado. ¡No le habrían asesinado sus propios compañeros! Yo... yo, señores, no podré decir esas cosas tan importantes que le han costado la vida a Bruce Bernard Flanagan... ¡pero diré otras que la opinión no podrá olvidar jamás! ¡JAMAS!

Los ojillos vivos y claros del capitán James Earl Culp estaban tan brillantes y rojizos como los del primer teniente de alcalde de Nueva York. Se plantó frente a él, brazos en jarras, desafiante, erguida la barbilla y semejando un gallo de pelea.

Kevin, de no ser por lo patético del entorno, habría soltado una sonora carcajada.

Por la pose y actitud del capitán, claro. Que resultaban cómicas. Sus palabras, no, desde luego.

—Usted, señor Vincent Francis Flanagan, mañana, si quiere, puede decirle hasta misa a la opinión pública... porque para eso, señor, usted es el primer teniente de alcalde del Ayuntamiento de una ciudad libre enclavada, según dicen, en el país democrático del mundo por antonomasia. Y en un país libre y democrático, usted y el basurero de enfrente pueden decir lo que les salga de las pelotas... *procurando, eso sí, no ofender ni poner en entredicho la honorabilidad de un núcleo.* Yo, señor, entiendo su estado de ánimo, pero ni entiendo ni puedo aprobar su falta de criterio y ponderación porque por su edad y por su cargo está obligado a ser, precisamente, ejemplo de moderación. ¡Diga lo que le dé la gana, hombre! ¡Diga misa! ¡Lo que quiera! ¡Diga también que los policías se matan entre sí para ocultar la podredumbre que medra en el Departamento! Pero... —el capitán estaba congestionado— si lo dice, si pone en entredicho la dignidad de todo un cuerpo, yo, señor Vincent Francis Flanagan, yo personalmente, ME ENCARGARE DE QUE USTED SE TRAGUE LAS PALABRAS UNA POR UNA.

Vincent F. Flanagan salió disparado hacia el capitán y pese a que este anduvo ligero no pudo evitar un empujón que le envió, trastabillando, contra la pared.

—¿Usted...? ¿Usted, enano de mierda? ¿Usted...? ¡Me río yo de usted! ¡Usted no va a impedir nada, nada! ¡NADA! ¡Por qué seré yo, única y exclusivamente yo, quién se encargará de «colgarle» la

chaqueta! ¡Yo, capitán, yo! ¿Entiende eso?

Justo en aquel momento el pelirrojo había caído sobre él, inmovilizándolo.

—¡Suélteme, imbécil, suélteme! —bramó Vincent Francis.

—Si sigue berreando —masculló Kevin con la misma dureza en la voz que aplicaba a la presa con que engarrotaba al hombre—, le partiré primero un brazo y luego el otro.

—¡Pero...! —bufó como una locomotora a todo vapor—. ¿Sabe usted lo que está haciendo, mocososo? ¿Lo sabe? ¡Yo soy...! —el pelirrojo aumentó la presión—. ¡Aaaaaay!

—Y yo, señor primer teniente de alcalde y señor presidente de la delegación neoyorkina del Credit of Bank United States, yo, soy el actual y nuevo jefe de Asuntos Internos de la Policía de Nueva York, sargento Kevin Buchanan! Y yo, sargento Buchanan, le voy a echar de aquí porque usted no tiene modales y ni la muerte de su hermano justifica una actitud tan vergonzosa y vergonzante. Y yo, sargento Buchanan, le sugiero que se piense bien lo que les va a decir mañana a los periodistas, ¿me entiende?

—¡Me está haciendo daño!

—Le echo, señor Flanagan. Pero para asegurarme que no vuelve a molestar de nuevo, le acompañaré hasta la puerta.

El otro, apresado, veía crecer su ira.

—¡Pero suélteme, maldita sea! ¡Suélteme!

El pelirrojo no le prestó la menor atención. Y echando un vistazo a su jefe, que recuperado ya de la andanada de Flanagan contemplaba a Buchanan con asombro y evidente complacencia, le dijo:

—Con permiso, capitán...

Y sin aguardar ni una sílaba de aquiescencia en labios de su superior, ante el asombro de todos los efectivos que el departamento policial había destacado en el lugar, sacó, atenzado y en volandas, hasta el rellano del pasillo, a Vincent Francis Flanagan.

El primer teniente de alcalde, tirando de los faldones de su chaqueta y alisando rabiosamente su impedimenta, escupió:

—¡Te acordarás de mí, pordiosero! ¡Basura! ¡Todos sois basura!

El pelirrojo hizo amago de ir por él y el tipo echó a correr, cómicamente, escaleras abajo.

En aquel momento podía resultar cómico, pero Kevin Buchanan era muy consciente de que se acababa de crear un peligrosísimo enemigo.

Regresó junto al capitán que cambiaba impresiones con Harrison Garfield, jefe del Departamento Forense, al que le decía con remarcado acento:

—Harrison, querido amigo, esto es lo que en las películas y

telefilmes de serie se llama situación límite, alerta roja y todo lo que tú quieras. Es, tristemente, una situación límite, sí. Y tenemos que formar piña más que nunca, meter el hombro con fuerza para apuntalar el edificio, porque de lo contrario, el invento se va a tomar por el saco. Con toda esta retórica quiero decir que necesito un informe tan extenso como una novela. Pelos y señales. Cualquier cosa que en otros casos no se anote, aquí, Harrison, debe figurar.

—Estaba en eso, Culp. Y pensaba hacerlo así antes de que me lo dijeras. Mañana, a primera hora, te pasaré una sinopsis del informe. A mediodía, de no surgir ninguna dificultad, lo tendrás completo.

—Vale, Harrison. Hay que demostrar que los viejos aún somos alguien en esta casa.

—Veteranos, James, veteranos —le corrigió el forense con suave sonrisa en su rostro ajado—. No me gusta la palabra viejo.

Kevin Buchanan carraspeó, para hacer sólida su presencia.

—Sí, muchacho, ¿te has deshecho ya de esa víbora?

—Corre escaleras abajo, capitán. Y ahora, señor, si no me necesita, quisiera empezar mi trabajo.

—¿A estas horas? —el capitán consultó su reloj de soslayo. Y desentendiéndose de la inicial, inquirió—: ¿Es que ya sabes por dónde empezar?

—Comprobaciones de rutina, señor.

—O.K. De todas formas, poco puedes hacer aquí. ¡Ah, no lo olvides! Mañana a las ocho en mi oficina, ¿eh?

—Hoy, capitán —puntualizó el pelirrojo—. Descuide, señor. Suelo ser muy puntual.

Y salió al punto.

Cuando cruzaba la puerta del apartamento le dijo a uno de los agentes que estaban de guardia que si aparecía por allí una periodista del *New York Herald Tribune* llamada Mary Anne Coburn, preguntando por él, que le dijese que se hallaba en casa de la señorita Savage.

—Vaya tranquilo, sargento. Se lo diré si asoma por aquí.

A dos que estaban en el vestíbulo poniendo orden les dio el mismo encargo.

Ya en la calle buscó un establecimiento abierto por los alrededores.

Casi tropezó con un snack de luces tamizadas y neón parpadeante que anunciaba el nombre.

En la barra y acodado en el mostrador gracias a un taburete rústico de mullido asiento, recibió la sonrisa de una rubita sinvergonzona que llevaba una blusa negra de escote muy ancho y bajo, que al inclinarse, lo que hacía casi perversamente, desbocaba un par de lúbricos escaparates con pitones de lidia.

—¿Qué quieres beber, pelirrojo?

—¿Tienes café?

Aquella ricura de pechos escandalosos y labios tan gruesos y sexuales que parecían africanos, recogió éstos en un círculo excitante y de sorpresa dejando huir por entre ellos junto a su cálido y perfumado aliento que azotó, como brisa del caribe, el rostro con pecas del policía:

—¡Ooooh! ¿Café? ¿A estas horas? ¿No te parece más estimulante algo fuerte? Vodka con naranja por ejemplo. Tengo una que nos llega directamente de las estepas soviéticas sin...

—Café, bonita.

—Eres un tipo de ideas fijas, ¿eh?

—Soy. Y aunque me percató de que estás tremenda...

—En la cama mejoro un cien por cien, pelirrojo. Nos tomamos el vodka con naranja y te subes a mi apartamento. Lo tengo decorado como una página de *Las mil y una no ches*. Pongo sándalo a quemar y en media hora te tengo fuera de este valle de lágrimas.

—Sugestivo, sí. Pero estoy trabajando —le mostró la credencial y no por chulería ya que él pasaba del supuesto «farde» que pudiera otorgar una placa policial, sino porque aquélla era la única forma de quitarse de encima a la pegajosa y deseable, ¿por qué no?, rubita del snack—, ¿Viene ese café, prenda?

No tuvo éxito porque ella se inclinó más y lo enseñó al máximo.

—El trabajo debe combinarse con el placer, poli. Un ladrón al talego y una rubia como yo a la cama... ¡Te haré maravillas, canalla! ¿No te das cuenta de que me vas cantidad, puñetera? Anda, te sirvo el vodka y arriba nos podemos fumar un «canuto». Los del apartamento no tienen por qué enterarse, ¿eh?

La expresión que se pintó en el rostro del pelirrojo, la misma que se los ponía por corbata a más de un facineroso bragado de ir por la vida, obró el milagro. Debía ser tremendamente expresivo el mensaje violento de sus ojos metalizados. Ponía la piel de gallina, sí.

—¡Voy por ese café, poli!

Luego, al regreso, le pidió la guía alfabética de teléfonos.

Y en una de sus páginas dio con el número y señas de Alexandra Savage, secretaria de Bruce Bernard Flanagan.

Dejó un billete encima del mostrador.

—¡Adiós, rubita! —saltó del taburete—, ¡Ah!, en otra ocasión vendré a tomarme el vodka, subiremos a fumarnos el «canuto» y viajaremos por Oriente. ¡Me debes un orgasmo, prenda!

—Cabrá de mierda —masculló la rubia, muy grosera, viéndole salir del snack.

Estaba cabreada porque el chaval le iba. Se hubiera metido en la

cama muy a gusto con él. ¡Con la de pesados que hubieran suspirado por...!

—De desagradecidos el mundo está lleno —se consoló la lujuriosa descotada.

Kevin paró el primer taxi libre que cruzó por los alrededores.

—¡Hola, amigo! —saludó el taxista—. ¿Dónde vamos?

—Al Bronx. 771 de Westchester Avenue.

—O.K. ¡Vamos para allá!

Y puso el vehículo en marcha pisándole de firme puesto que a aquellas horas el tráfico, prácticamente, brillaba por su ausencia en varios sectores de la urbe de los rascacielos.

Capítulo VI

KEVIN, sin verlo naturalmente, lo intuyó.

La chica estaba al otro lado, pegada a la puerta y con el oído incrustado en la madera, nerviosa, jadeante, escuchando los latidos agitados de su propio corazón y sin saber qué hacer.

Hasta creyó percibir la respiración desacompasada de Alexandra Savage.

Volvió a insistir con el índice en el zumbador.

Nada.

Ahora tuvo la certeza de que le llegaba como un soplo la respiración entrecortada de la mujer.

—¡Señorita Savage! ¿Está ahí? ¿Puede oírme? Abra... por favor. No corre ningún peligro. Soy Kevin Buchanan de Homicidios.

El suspiro de alivio sí que lo percibió con nitidez.

—¡Oh... Dios mío! ¿Kevin ha dicho? El novio de Mary Anne, ¿no?

—Sí, en efecto. ¿Quiere abrirme, Alexandra?

Se oyó el descorrer de un pestillo y el girar de una cerradura.

—¡Menudo susto me ha dado, Kevin! —exclamó ella, al quedar recortada en el umbral de la puerta.

Era una trigueña de muchos kilates.

Con un físico impresionante.

A considerar.

Se la quedó mirando sin decir nada, embobado.

Con aquel picardías o como se llamara de color rojo que era igual que si no llevase puesto nada, estaba de muerte. Con sus muslos sugerente y exhaustivos, recortándose bajo la transparencia, con sus pechos exquisitos y generosos, ¡muy generosos!, oscilando con cruel cadencia como queriendo horadar el género que medio los ocultaba.

—¿Se ha quedado mudo, Buchanan?

—Casi. Iba a decirle que lamentaba haberla asustado, pero... ¡Me han asaltado unas ganas tan enormes de serle infiel a Mary' Anne, que se me ha olvidado todo! Creí que mujeres como usted sólo se veían en el cine.

—¿Ha venido a galantearme a las tres de la madrugada?

—No. Aunque pienso que debe dársele cabida a todo —sonrió, sugerente, el pelirrojo—. He venido a decirle que han asesinado a Bruce Bernard Flanagan.

—Disculpe que no me desmaye. Mary Anne me ha llamado por teléfono. Entonces sí que he estado a punto de ir al suelo. Bruce era un hombre.

Era una chica con personalidad. Entera. Aunque se asustase cuando un desconocido llamaba a la puerta de su apartamento a las tantas de la madrugada.

Tenía ojos de gata en celo y con ellos envolvía la atlética figura del pelirrojo.

—¿Pasas...? —inició el tuteo.

Dijo que sí con la cabeza y siguió a la hermosa hembra hasta el living de la casa. Allí había el derroche de gusto que solo podía efectuar una mano femenina.

—Siéntate, Kevin —y viéndole cómo se dejaba caer en una butaca de línea graciosa tapizada en skai rojo, inquirió—: ¿Una copa? ¿O estás de servicio?

—Estoy. Pero te aceptaré un whisky.

Fue al bar modelo Habana que en forma de media luna ocupaba el vértice superior izquierdo de la estancia.

De espaldas, ofrecía una sugestiva panorámica de sus nalgas... que el poli recorrió abierta y aprobadoramente.

Vino, ofreciéndole un vaso lleno de color ámbar por arriba de la mitad.

Echó un sorbo gaznate abajo mirando cómo Alexandra tomaba asiento frente a él y se cruzaba de piernas.

Las bragas eran de color de la piel. ¿O... no llevaba?

Hay mujeres que duermen sin bragas, sí.

Bebió otro trago para serenarse y asimilar lo de las bragas. Luego pensó que había problemas mucho más graves que el hecho de que Alexandra Savage durmiera sin bragas.

—¿A qué hora te pusiste en contacto con los medios de difusión para informarles de la rueda de prensa que este mediodía pensaba dar el comisionado?

—Me dijo que llamara a partir de las diez de la noche. Para evitar que la noticia fuera publicada y mantener cierto enigma hasta el momento de la conferencia. Son palabras textuales de Bruce.

—¿Qué pensaba decirles?

Alexandra estiró en el aire una de sus preciosas piernas al tiempo que apuraba su copa.

—No tengo ni idea, Kevin.

—Tú hablaste con Mary Anne de una supuesta «bomba» que el comisionado tenía en las manos.

Afirmó con su trigueña cabeza.

—Sí, es cierto. Pero se trató de una deducción mía a palabras de

Flanagan.

—¿Qué te dijo para que dedujeras eso?

—Bueno... —se mordió el carnoso labio inferior como si pretendiera sacarle jugo, recreándose en el acto de estirar la piel para que el hombre pudiera captar la sexualidad latente en cada una de aquellas grietas rojas. Dijo, al fin—: Le pregunté la razón de la rueda de prensa y me contestó que había llegado la hora de que alguien hablase claro. Se debió dar cuenta de que yo me quedaba igual y añadió: «Alexandra, están su cediéndose las irregularidades una tras la otra y tengo la obligación de denunciarlas a la opinión pública.» Apunté que eso era muy fuerte y él, con una sonrisa extraña, enigmática e irónica al mismo tiempo, agregó: «Es poco lo que voy a decirles a los chicos de la prensa... bastará con que les enseñe el álbum familiar de fotos. Eso, imagino, si les va a dejar muy satisfechos.» A partir de aquí eludió el tema rehusando con habilidad cualquier insinuación mía, velada o abierta, sobre el asunto. Eso es todo, Buchanan.

—¿Siempre has tenido esas piernas tan preciosas, nena? —Y sin dejarla responder, prosiguió—: ¿Qué quiso decir con eso del álbum familiar de fotos?

—Nada, para mí. Y me imagino que mucho para el que pudiese interpretar debidamente ese juego de palabras. Supongo que se trataba de una metáfora reveladora. Pero yo me quedé *in albis*.

—Ya... No llevas bragas, ¿verdad?

Abrió por entero el picardías.

—No —se respondió a sí mismo el policía.

—En verano se me pegan a la piel y no me dejan dormir.

—Entiendo. Así, ¿qué no tienes idea de lo que iba a comunicar a los colegas de Mary Anne...?

—¿La nombras para vacunarte contra algo?

—Puede. En estos momentos tengo muy malos pensamientos, prenda. Y eres tu quién me los sugiere. Tampoco tienes conciencia de por qué lo han asesinado, ¿verdad?

—No... a las dos preguntas. En cuanto a lo de los malos pensamientos...

—¿Pueden hacerse realidad?

—Pueden, sí —volvió a estirar las piernas, ahora las dos, en el aire. Dijo—: Tengo un sentido muy práctico de las cosas, ¿sabes? Mary Anne es buena chica y amiga mía, pero de eso a no encamarme contigo si se terciara, va un abismo de diferencia.

—¿Te habías encamado con Bruce?

—Sí.

—Admiro tu sinceridad.

—No estaba mal como hombre. Era soltero, generoso... Nos lo pasábamos bien sin hacer daño a nadie.

—Si habíais trasladado vuestra intimidad hasta la cama, me hace pensar que le conocías bien, que sabías cosas de él. Los hombres, en esos momentos, decimos muchas tonterías... y alguna que otra verdad.

—Bruce hablaba poco de su trabajo. Lo estricto... dentro o fuera de la cama.

—¿Había otra mujer?

—La había.

—¿Quién?

—Nunca me lo dijo, Kevin. Era un caballero. Por eso estoy segura de que salvo tú, nadie sabía que yo me acostaba con él.

—¿No recuerdas ningún detalle...?

—Sólo recuerdo —le atajó ella decidida— que media hora antes de llegar tú y poco después de que me llamase Mary Anne ha vuelto a sonar el teléfono. Era un tipo que me ha dicho ser detective privado y que se interesaba por la conferencia de prensa que Bruce iba a dar mañana.

—¿Nombre...?

—También se lo he preguntado y ha respondido que eso no aclararía nada. Me ha parecido que llamaba desde una cabina porque al descolgar he oído el caer de las monedas. Sólo eso. Le he matizado que yo ignoraba esa supuesta rueda de prensa... entonces me ha interrogado acerca de unas fotografías y al preguntarle qué clase de fotos me ha contestado que era yo quien debía decírselo.

—¿Y...?

—He seguido haciéndome la sueca, pero me he acordado, al instante, que ayer, Bruce, encima de su mesa de despacho, tenía un carrito de fotos, el negativo creo, envuelto en papel de plata.

—Vaya, vaya... Así que un detective privado, ¿eh?

—Eso ha dicho.

Kevin se puso en pie.

—¿No te quedas, policía?

—Sabe Dios que me gustaría, pero no puedo.

—¿Me permites que insista?

—No, te lo ruego. Estos días voy muy bajo de voluntad y...

—Por favor... —empezó a quitarse el picardías.

Sí, iba bastante bajo de voluntad.

Capítulo VII

AL asomar a la calle, miró el reloj.

Las 4.30 de la madrugada.

Había sido un inconsciente total. Después de dejar recado para la periodista de que iba a casa de Alexandra, iba y se...

«¡Por Dios que soy estúpido!», exclamó para sus adentros, solazándose con la suave y fresca brisa que galopaba contra su rostro.

Los hados, de todas formas, le habían sido propicios.

Seguramente y a causa de la noticia generada por la muerte del comisionado y el jefe de Asuntos Internos, Mary Anne había tenido trabajo extra en la redacción... y por eso no había llegado justo a tiempo de pillarle en la cama con su *buena* amiga Alexandra.

Con el pensamiento le pidió perdón a Mary Anne.

Pero sabía que no lo estaba haciendo de manera correcta.

Para pedir perdón por algo primero era menester un sincero arrepentimiento... ¿Y quién era el imbécil que podía arrepentirse de jugar en la camita con Alexandra?

—¡Bah...! —rechazó—. Con la de cosas importantes en que tengo que pensar. ¡Ja! Dice que las bragas se le pegan a la piel y... ¡Estas mujeres de hoy son la pera! En el fondo es excitante quitarles las bragas, pero si ya no las llevan. ¡Al diablo! ¿Se puede saber qué me pasa? Un jefe interino de Asuntos Internos no puede... ¡Bah!

Andaba pegado al muro y con tanta tontería en el pensamiento que no se dio cuenta de la realidad.

Del coche negro que se encontraba en la otra acera frente al 711 de Westchester Avenue.

Del fúnebre y largo Oldsmobile que al parecer Kevin en la calle se había puesto en marcha despacio, muy lentamente, con los faros apagados y el motor casi en silencio.

El coche negro, sí. El que rodaba por la calzada con extraordinario sigilo, al compás de las zancadas de Buchanan.

El tipo que iba al volante asomó el cañón de la enorme Magnum provista de silenciador.

Apuntó a la cabeza del sargento de la Brigada de Homicidios para librarle, quizá, definitivamente, de los malos pensamientos. De bragas y cosas por el estilo. De pretender solucionar, por ejemplo, el enigma que rodeaba las muertes de Bruce Bernard Flanagan y Hugh Farley.

Por ejemplo.

Kevin seguía caminando.

El fulano apuntó con precisión.

Y al tiempo que su pie derecho se aplastaba violentamente contra el acelerador, su índice se curvó de manera definitiva alrededor del gatillo.

Rugió el motor como lo hacía el león que anunciaba la Metro Goldwin Mayer.

¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC!

Tres disparos.

Que calculó que serían más que suficientes.

Pero no contó con el hecho de que el brusco rugido del motor sobresaltaría a Buchanan.

Fue eso, sí.

El sobresalto de aquel rugido al destrozar la conexión de su mente con los pensamientos.

Lo demás, el resto, instintivo.

Las 4.30 de la madrugada, el motor de un coche acelerando de repente justo a la altura de un sargento de la policía...

Estaba demasiado claro.

Los tiros venían a renglón seguido.

«¡A tierra, Kevin... que te fríen!»

Y lo dijo el muy cachondo al tiempo que se iba abajo como si efectivamente los balazos le hubiesen averiado la azotea. Lo cierto es que pasaron a escasos milímetros cuando él iniciaba la voluntaria y vertiginosa caída.

Giraba como una peonza.

Veloz.

Meteórico.

Alcanzando el centro de la calzada y quedando boca arriba, acodado en el asfalto, sujetando con ambas manos la culata de su revólver reglamentario.

Apuntando al vehículo que trataba de perderse, como una exhalación, Westchester arriba.

El primer cruce hábil lo componía Plains Road.

Eso le permitió el margen de diez segundos para precisar el blanco.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Pensó, lo mismo que el asesino, que cuatro plomos eran suficientes. Fue más generoso en la cuantía y mucho más acertado en la deducción... ¡ah, y muchísimo más fino en la puntería!

Por que dos de los proyectiles se incrustaron en la rueda trasera

izquierda y el Oldsmobile, preso de una súbita borrachera, empezó a trazar «eses» al perder su conductor el control del vehículo, acabando por eludir milagrosamente un poste del alumbrado, pero subiendo a la acera como una bala y estrellando el morro del capó contra el muro de un edificio.

¡Menos mal que nadie transitaba por el lugar!

Kevin, en pie de un brinco, corría por medio de la calzada con el pistolón en la mano.

Alcanzó el despanzurrado vehículo con la respiración entrecortada.

Abriendo con violencia la portezuela que correspondía al conductor, gritó, ominoso...

—¡A tierra, chico! ¡Con las zarpas arriba!

Ni caso.

Lógico.

Sonaba el claxon, además.

Porque el fulano tenía la testa empotrada en el volante y con la frente pulsaba la bocina.

Kevin se guardó el pistolón.

Mal hecho, porque cuando se inclinaba para tirar de los pelos del tipo y echar una ojeada a su jeta, reaccionó en plan muy violento. Con la propia cabeza que el policía manejaba le asestó un trallazo en pleno rostro.

—¡Aaaaaag! —rugió Kevin.

El golpe, desde luego, había sido dolorosísimo. En parte, por causa de lo inesperado.

El asesino largó una obscenidad mezclada con una sonrisa cruel.

—¡Te voy a pinchar, poli!

Para tal menester exhibía ya, blandía mejor, una navaja cuyo mango acababa de escupir una larga y azulada hoja de acero.

Buchanan, atrás, conteniendo la sangre que brotaba de labios y nariz, más que ver, intuyó lo que se avecinaba.

Se fue más atrás todavía y casi a ciegas, cuando el menda perdía unos valiosos segundos tratando de salir del coche, lanzó la pierna derecha arriba buscando la muñeca que empuñaba la navaja.

No pudo alcanzarla, pero obligó al asesino a salir cambiando la posición, por lo cual, se dio un trastazo con el hombro contra la carrocería del Oldsmobile.

—¡Te pincho, hijo de perra, te pincho!

Kevin seguía ciego. Por la sangre y el dolor.

Pero el zapato su fue otra vez arriba con mejor suerte esta vez.

Le clavó la puntera en los mismísimos y el navajero largó un

aullido.

—¡Uuuuuuug! ¡Hijo de...!

Y antes de retorcerse le lanzó el cuchillo.

Captó el letal destello. Vio venir el azulado mensaje de muerte. Una cabriola inverosímil, circense, dada la exigua distancia que los separaba, llevó a Kevin Buchanan fuera de la trayectoria que recorría el acero.

El otro, sobreponiéndose al dolor y consciente de que debía aprovechar la favorable coyuntura que le brindaba el salto de su antagonista, echó mano a la pistola con silenciador.

—¡Ahora no te libras, cerdo! —bramó, medio agachado.

Kevin, aunque a veces se entretuviera pensando en tonterías... en bragas que no estaban donde debían, tenía un poder decisorio de fábula. Su mente obraba a impulsos y lo hacía con vertiginosa exactitud.

Muchas veces, como ahora, se había jugado el pellejo.

Y estaba vivo.

Otra cabriola al tiempo que tiraba del revólver.

¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC!

El asesino le daba con fe al gatillo. Con gusto. Convencido de que ahora sí...

Estaba medio agachado.

¡BANG! ¡BANG!

Por eso, en pleno salto, Buchanan le metió las dos balas en la cabeza estampando los sesos de aquella bestia, o lo que fuera, contra la carrocería del coche largo y negro.

Rebotó con chasquido macabro y se vino abajo definitivamente.

Kevin lo miró lamentando haber tenido que liquidarlo.

Tras registrarlo, se guardó la cartera y una pequeña agenda que le fulano llevaba en los bolsillos, yendo a una cabina telefónica para llamar a los colegas y una ambulancia.

Cuando hizo acto de presencia el primer radio patrulla se identificó a uno de los agentes, diciendo:

—Para cualquier aclaración puedes localizarme en el Precinto 16, o en el 7 de Manhattan Sur.

—De acuerdo, sargento —cabeceó el de uniforme.

Buchanan se largó en busca de un taxi.

¡Qué madrugadita tan agitada!

* * *

En el Precinto 16 del Bronx, como en todos los precintos policiales de aquella puñetera ciudad, que habría dicho el capitán James Earl Culp,

reinaba el nerviosismo.

Había una incertidumbre tal que flotaba en el ámbito.

Todos pensaban lo mismo aunque les costaba confesarlo.

En el Precinto 16 ya se sabía que el sargento Kevin Buchanan había sido nombrado, de forma eventual, jefe de Asuntos Internos.

Robert Langella, sargento también y amigo íntimo, acudió a su encuentro.

—Hola, Kevin. Has madrugado mucho, ¿no?

—No me he acostado.

—Ya —hizo un gesto al gigantón de anchos hombros y enorme envergadura. Musitó— No sé si... si debo felicitarte.

—No debes, Robert.

—Entiendo.

—¿Alguna novedad? —inquirió el pelirrojo camino del que desde aquel momento era su nuevo despacho, seguido de Langella.

—No. Todo sigue igual. Nerviosismo, desconcierto... ¿Qué quieres? Todo esto es muy gordo.

—Lo es, sí —afirmó Kevin. Y tendiéndole la agenda y la cartera que le incautara al fiambre, dijo—: Se llamaba Beau Ward y he tenido que cargármelo para evitar que él lo hiciera conmigo.

—¿Tiene que ver...?

—Más que posible. Es sospechoso de haberse interesado por cuenta propia o la de alguien, sobre la secretaria de Bruce Bernard Flanagan, acerca de algunos detalles relacionados con el comisionado. Quiero que compruebes, personalmente y uno por uno, los teléfonos que figuran en esa agenda. ¡Ah!, y quiero el *curriculum vitae* completo de este tipo.

—Eso está hecho, Kevin. ¿Algo más?

El pelirrojo se mordió el labio inferior y miró al otro con una apagada sonrisa.

—Nada, compañero. Sólo... sólo decirte que ahora, más que nunca, tenemos que seguir luchando.

—Eso, poli, nadie lo duda. Todos sabemos que los hay mal nacidos, pero son los menos. Los honestos tenemos que luchar, como tú dices, más que antes. Por nosotros mismos y por nuestra colectividad.

—O.K., tío. Esto... me marchó ahora mismo. Cualquier noticia, la menor novedad, que se me comunique al Precinto 7 de Manhattan Sur. Si no me hallo allí ellos sabrán dónde estoy. ¿De acuerdo, Robert?

—De acuerdo. Te llamo enseguida que sepa algo del tal Ward.

—O.K.

Echó una ojeada al despacho que fuera de Hugh Farley, preguntándose para sí en tono quedo:

«¿Para qué he venido aquí? A veces... creo que soy morbosos.»
Salió.

Un agente uniformado le vino de cara.

—Sargento Buchanan...

—¿Sí, Tob?

—Ha llamado Mary Anne Coburn del New York Herald Tribune. Me ha dicho que le trasladara que sigue en la redacción de su periódico, que no ha podido moverse de allí por...

—Gracias, Tob —le cortó con una sonrisa—, comprendo.

Junto a una de las primeras mesas de la sala que ocupaba un policía de paisano, estaba de pie una mujer joven, deshecha en ademanes, exclamando:

—¡Siempre me dicen ustedes lo mismo! ¡Los trámites reglamentarios, las investigaciones...! ¡Pero mi marido no aparece! Hace un mes que denuncié su desaparición. ¡Y oiga, agente, óigame bien! Si Dirk, mi marido, fuera un golfo mujeriego de esos que se pasan más días en la calle que en casa, yo no me habría molestado en... pero Dirk, mi marido, es un hombre hogareño, ¿entiende? ¡Por eso sé que le ha ocurrido algo malo! ¿Entiende?

—Mire, señora... —la cortó el policía—, casos como éste se repiten veinte veces al día. Hacemos lo que se puede, pero...

—¿Cómo se llama su marido, señora? —intervino Kevin sobre la marcha.

Una mueca de estupor se pintó en el rostro de la mujer.

—¿Se... se llamaba?

El pelirrojo se dio cuenta al punto que había metido la pata hasta la rodilla. Los nervios diamantes de las emociones variopintas vividas aquella madrugada, empezaban a gastarlas malas pasadas.

Pero pudo arreglarlo en un giro hábil de su intelecto.

—Hablo en pretérito, señora, por lo de la desaparición... no porque piense que está muerto.

—¡Aaah! —suspiró ella, con alivio. Contestando—: Dirk Ullmann... ¿le dice algo el nombre?

—No, no, desde luego. Era por si podía ayudar. Buenos días, señora.

—¡Eh...! ¡Pero...! ¡Oiga! ¿Cuándo van a decirme algo concreto sobre mi marido? —Señora, por favor, cálmese —siguió el policía que estaba tras la mesa—. Le he dicho...

Kevin, camino de la calle, anotó mentalmente aunque sin saber la razón ni el porqué, el nombre de Dirk Ullmann.

Precinto 7, Manhattan Sur.

Faltaban veinte minutos para las ocho.

Pero James Earl Culp también era un hombre puntual.

Ya estaba en su despacho, absorbido por un mar de notas y papeles.

—Buenos días, capitán.

—Hola, Kevin. ¿Cómo han ido esas comprobaciones rutinarias?

—Con tintes positivos, señor.

Se dejó caer al otro lado de la mesa en una silla de poliéster.

—Cuéntame, cuéntame...

Lo hizo. Eludiendo pequeños detalles. Posiblemente al capitán no le interesaban las damas que dormían sin bragas.

—¿Conclusiones? —inquirió el de los blancos cabellos ondulados y ojillos claros muy vivos.

—Vagas... pero insisto que con tintes positivos —murmuró el pelirrojo—. Señor... ¿le sugiere a usted algo la frase bastara con que les enseñe el álbum familiar de fotos?

—Sí, lo mismo que a la chica. Una metáfora que tiene su significado para el que pueda o sepa interpretarlo.

—Creo que cuando tenga datos concretos de Beau Ward podré avanzar unos pasos en el asunto.

—¡Pues date prisa, chaval! ¡Mucha prisa! Los enterados de Washington planean enviarnos a galeras, ¿sabes? Sin bromas, Kevin: el volcán está a punto de estallar. Ese cerdo de Vincent Francis Flanagan se ha puesto en contacto con sus amigos de la capital, los politicastros de mierda, los que mandan, los que dan órdenes y no pegan golpe. Me ha llamado el presidente en persona.

Buchanan no ocultó su sorpresa.

—¡Sopla!

—Lo esperaba —dijo el capitán. Ampliando—: El asunto es muy grave, muchacho, muy grave. Y eso no podemos ignorarlo. La noticia desborda nuestras fronteras... los rotativos más importantes del mundo teóricamente civilizados se hacen, hoy, eco del suceso. ¡Imagínate la imagen que les estamos dando a los países que se agrupan en nuestras zonas de influencia política, comercial y social! El presidente quiere soluciones en 72 horas. ¡Ah!, y sin tapujos. A lo Watergate. La verdad llana y sencilla a todos... incluidos los medios de comunicación. Nombres de culpables, pelos y señales.

—No es tan sencillo, capitán.

—¡Lo sé, puñeta! Pero no puedo contestarle eso al presidente. ¿O... si?

—Me temo que no.

—¡Pues corre a demostrarme que debajo de esos pelos rojos tienes

ideas!

Sonó el teléfono y James Earl Culp, con ademán brusco, atrapó el auricular.

—¡Habla Culp! ¿Quién es?

—...

—¿Cómo...? ¿Quiere hablar más alto, por favor?

—...

—¡Ah! Espere un momento. —Y le tendió el auricular a Kevin, diciendo—: Es para ti...

Lo recogió, musitando:

—Debe ser Langella. —Y alzando la voz—: ¿Sí...? ¿Dígame?

Escuchó un tenue registro femenino, inquiriendo:

—¿Sargento Kevin Buchanan?

—Sí, sí, yo mismo. ¿Con quién hablo?

—Eso, sargento —le respondieron—, importa poco. Necesito hablar con usted.

—Bien... ¿Dónde?

—Fuera de la ciudad. Si nos vieran juntos mi vida... y la suya correrían grave peligro.

—Me pagan para correr peligros, señora.

—¡Pero no a mí! —se encorajinó la voz de mujer.

—¿Dónde pues? —insistió el pelirrojo.

—En Philadelphia —le contestaron.

No pudo evitar un rictus de manifiesto asombro.

—¡En Philadelphia! —repitió, percatándose de que el capitán lo observaba con angustiosa atención—. Eso es absurdo...

—¡Escuche con atención, sargento, y no vuelva a interrumpirme! —le cortaron. Puntualizando—: Si lo hace, cortaré. —Y tras el ultimátum, siguió la anónima comunicante—: En la avenida del Día de Acción de Gracias, en el 1052, existe un pub llamado L'amour Rouge. Esta tarde a las siete, ¿de acuerdo?

—Sí, pero...

—¡Adiós, sargento Buchanan!

Y la misteriosa mujer colgó.

—¿Quién era? —quiso saber el capitán.

—No lo sé, señor. Y antes de que el otro se deshiciera en interrogantes o posibles exabruptos, le tradujo la breve conversación.

—¿Piensa que está relacionado con el caso?

—Pienso, señor.

—Póngase camino de Philadelphia y llévase un par de hombres.

—No es necesario, capitán. Tres hacen mucho bulto... y no podemos correr el riesgo de espantar a esa mujer. Creo que puede ser

importante lo que tenga que decir.

—Eso se deduce, al menos, del misterio y la intrínquilis.

Kevin se puso en pie.

—Le mantendré informado, señor.

—Bien. ¡Ah, policía!

—¿Sí...?

—Bruce Bernard Flanagan sí era zurdo. ¿Le aclara algo eso?

—Confirma el hecho de que el arma estuviera cerca de su mano izquierda. ¿Qué hay del informe forense, señor?

—Lo estoy aguardando.

—Con su permiso, entonces.

—Vale, Kevin. ¡Buen viaje y buena suerte!

Salió del despacho de James Earl Culp pensando y concentrándose en aquella llamada enigmática. Eso le hizo recordar que debía ponerse en contacto con su compañero Langella.

Desde la misma centralita del Precinto 7, telefoneó.

—¿Tienes algo sobre Ward, Robert?

—Tengo a su chica, Kevin. Aquí. ¿Quieres hablarle tú?

—No. ¿Qué te ha dicho?

—Al principio estaba esquivia y reacia. A la vista del fiambre ha cambiado de actitud. Le he metido un poco de miedo en el cuerpo... Beau Ward empezó como chulo de esquinas y fue medrando por los bajos fondos hasta conectar con algunos personajillos del hampa dorada. Durante un tiempo vendió yerba para algunos de esos tipejos, controló chicas de la calle, estuvo en timbas clandestinas... eso hizo que fuera almacenando informes en su cabeza de mal bicho, lo que le valió trabajar como pesquisa amateur para licenciados con título. Según la chavala, últimamente hacía algunos trabajos para Arnold Bergen...

—¡Arnold Bergen...! —exclamó, cortando a su compañero, el pelirrojo. Y matizó—: ¡Vaya, vaya! Arnold nada por las alturas, ¿no?

—¡Y que lo digas, poli! Es uno de los private eye más cotizados de la city. Algunas de sus minutas sobrepasan de largo tu sueldo de un año, ¿qué te parece, eh?

—Que los hay que nacen con un ramo de flores en el trasero. ¿Ya has llamado al señor Bergen para preguntarle qué trabajito le había encargado al borde de Ward?

—Lo he llamado, pero más que nada para preguntarle por qué le había encargado a Beau Ward liquidar a un sargento de Homicidios y para recordarle que si lo probamos se han terminado las minutas de escándalo. Pero su secretaria me ha dicho que el señor Bergen suele aparecer por la oficina sobre las once de la mañana. A esa hora, estaré personalmente allí.

—O.K. Me pondré en contacto contigo en cuanto vuelva.
—¿Es que te vas?
—Si. A Philadelphia.
—¿Por algo relacionado con el asunto?
—Creo que sí, Robert. Hablaremos de ello a mi regreso.
—Vale, Kevin. ¡Adiós y cuídate!
—O.K. Lo haré, por la cuenta que me trae.
Y le devolvió la extensión a la telefonista.

Capítulo VIII

—SI no me dice su nombre no puedo pasar la comunicación, señor —dijo la telefonista.

—¿De veras, señorita? ¡Qué pena! —era una voz extraña, impersonal y al mismo tiempo sobrecogedora. Una voz que se filtraba por el cable con matices tan glaciales como pérfidos e irónicos. Rezumbaba una especie de frío pegajoso, de frío de muerte. Agregó, tras la caustica exclamación—: Bien, señorita. Entonces, dígle a su patrón que esta noche es más que probable que duerma entre rejas... y que luego se pase años, muchos años, tras esas rejas. ¿Lo ha oído bien, eficiente operadora?

Alguien que seguía atentamente el diálogo desde otra extensión intervino, diciendo:

—Déjelo, Paola, atenderé la llamada. —Y dirigiéndose al comunicante, inquirió—: ¿Qué quiere de mí?

—Me encanta que seas razonable —dijo la voz impersonal con helados matices—, me encanta. Quiero... —una pausa intencionada que tenía por misión acrecentar el nerviosismo que se intuía en quien recibía la llamada— hacer un trato contigo.

—¿Un trato? ¿Qué clase de trato?

—Vendo fotografías, amigo. Vendo unos valiosos negativos... ¿Te interesan?

—No entiendo su lenguaje...

Pero la verdad era que el nerviosismo de aquel hombre iba in crescendo y ello se traducía en el temblor de su registro.

—Pues te conviene entenderlo, amigo. Aguza el oído porque sólo voy a decir las cosas una vez, UNA, y dependerá mucho tu futuro estado de que lo entiendas todo bien. ¿Me sigues?

—Sí...

—Decía que tengo unas maravillosas fotos... —la funesta ironía seguía presidiendo el tono de la voz incógnita y su frío mortal circulaba con glacial evidencia a través del cordón telefónico—, ¿sabes? ¡Pero no son las que tú imaginas, no! Aunque ésas, las de tu libro de contabilidad privado, también las tengo, también... Me han sido legadas en póstuma herencia. Pero ahora, amigo, te hablo de otras mucho más interesantes. ¡Ah!, y son agfacolor, como las mejores que le han hecho a Maradona. Ya ves, ¿eh? Te puedes comparar al

number one del balompié mundial... ¿No me lo agradeces?

—Quiere ir al grano, por favor... —apuntó el que escuchaba.

—¿Estás nervioso, amigo?

Trató de lanzar por el cable una risita seca con eco de seguridad. —Sólo interesado en tu desconcertante verborrea —le tuteó, al fin, también.

—¡Ya! Te hablaba de unas fotos, ¿no? ¡Has salido perfecto! Se te ve de maravilla... disparando sobre el cuerpo de Bruce Bernard Flanagan.

El que oía soltó un respingo al tiempo que se envaraba.

—¿Qué dices...? ¡TU ESTAS LOCO!

—Posiblemente. Pero... tengo esos negativos. Y eres tú, amigo, tú. Asesinando al comisionado de Nueva York, Bruce Bernard Flanagan. Eso, amigo, es cadena eterna. ¿Entiendes? No quiero discutir porque tú y yo sabemos al dedillo la verdad. Enviaste a Hugh Farley a realizar el trabajo, pero hiciste advertir a Bruce para que éste estuviera preparado. Él se deshizo del jefe de Asuntos Internos y tú, atento y puntual, del comisionado. Dos pájaros de un tiro, ¿eh? Pero yo tengo las fotos. Y las vendo. Pero las vendo... una por una. Esta noche, a las once, me envías a ese esbirro tuyo, el detective Bergen, con quinientos... atención, que he dicho QUINIENTOS, de los grandes, a la siguiente dirección... ¿Tomas nota?

No se molestó en inventar excusas ni adujo falsas negativas.

—Sí... anoto.

—Bien. A la salida del Bronx-Whitestone Bridge, cuando se interna en el Queens y por encima del Francis Lewis Park, hay una pequeña callejuela, Fowells Cowe. Al fondo y frente al río existen varios tinglados abandonados que antes se empleaban como almacenes de una naviera. Están señalados con letras en rojo y verde. Lo esperaré en el que luce la B en colorado. Que Arnold Bergen esté allí, puntual, a las once, con el medio millón en efectivo. Yo le estaré esperando para hacerle entrega contra el dinero del primer negativo que forma parte de un juego de seis. ¿Está claro?

—Puedes tomar cien copias de cada negativo.

—Cabe esa posibilidad, no lo niego. Pero no te queda más alternativa que confiar en mi palabra, amigo. Si no haces las cosas como acabo de indicarte... le enviaré la totalidad de los negativos al nuevo y accidental jefe de Asuntos Internos, sargento Kevin Buchanan, al cual, ínter nos, te comunico que no podrás sobornar ni manejar. Es un tipo honrado, amigo. ¡Ah, una última recomendación! Dile al pesquisista que procure ser tan eficaz como cuando anda reuniendo pruebas de los devaneos de tu querida Jennifer, ¿entiendes?

—Sí... ¡Pero, oye! ¿Quién me garantiza...?

Se calló al oír el «clic» que delataba el corte en la comunicación al otro extremo.

Soltó una sonora maldición y un estruendoso manotazo contra la mesa. Tras permanecer varios segundos contemplando el auricular con expresión vacía y estúpida, recuperó la línea y disco un número en el dial.

—¿Sí...? —inquirió instantes después un tono masculino.

—Soy yo, Arnold.

—¿Ocurre algo, señor...?

—¡Algo y grave, imbécil! Sigue vivo el tal Buchanan, ¿no?

—Sí... Lo siento. Beau Ward falló.

—*Pues para que no se produzcan nuevos fallos... te vas a encargar tú, personalmente, de la defunción del nuevo jefe de Asuntos Internos. ¿Has oído bien?*

—Sí, señor —admitió el detective, sin rechistar.

—Arnold, estás tan metido en esto como yo y te pago con notable esplendidez como para que se cometan fallos. ¡No debe haberlos! Por la sencilla razón de que estamos en el centro de una espiral concéntrica, de un círculo vicioso, que amenaza con asfixiarnos. No se trata, ya, sólo de dinero. Nuestros pellejos están en juego y eso te dará una idea de la atención que debemos poner en la partida.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—¡Por supuesto que algo más! Alguien tiene unas fotos que me comprometen hasta el pescuezo. Escucha atentamente, Arnold. Esta noche...

* * *

—¡Tengo miedo, Kevin! Mucho miedo...

Mary Anne se apretujó contra el fornido tórax del pelirrojo.

—Pensaba que eras una periodista valiente.

—Y lo soy. ¡Siempre y cuando no esté en juego la vida del hombre que más amo en este mundo!

—Mi vida, pequeña... —rozó con los suyos los dulces labios de la hembra—, siempre está en juego. Lo sabes desde el primer día.

Los hermosos, verdes y profundos ojazos de Mary Anne Coburn la miraron con fuerza, con tanta fuerza, que daban la sensación de querer absorber la atlética figura del policía y meterla dentro de ella.

—Pero cuando todo está... digamos normal, me olvido de que corres ese riesgo.

—Esto es muy importante, muñeca. Para el Departamento y para mí.

—Has hablado con Alexandra, ¿no?

Al de los desordenados cabellos rojos se le hizo un nudo— en la garganta.

—¡Kevin...!

—¿Eh...? ¡Oh, sí, perdona! Creo que tengo la mente distraída. El pensamiento en muchos sitios y en ninguno concreto. ¿Decías...? ¡Ah, sí, he hablado con ella! Pero no he sacado mucho en claro.

—Comprendo tu estado de ánimo, amor.

No. No lo comprendía aunque lo creyese. El inesperado hombre de Alexandra en la conversación había creado en Kervin un instantáneo problema de conciencia.

Es un lastre tener conciencia, sí. Porque a veces hasta nos acusa de lo que hacemos mal... aunque parte de culpa la tengan las mujeres que en verano se olvidan de ponerse braguitas y no tienen escrúpulos a la hora de acostarse con el novio de su mejor amiga.

Kevin Buchanan, para acallar la voz acusadora de su cerebro, adujo que el hombre siempre era el hombre y que... ¿Valía eso frente a las reivindicaciones que esgrimían las mujeres actuales?

—Tengo que irme, prenda. Me alojaré en un pequeño hotelito porque necesito descansar unas horas. Me he pasado la noche en blanco y desde que llegue a Philadelphia hasta las siete de la tarde puedo dar una cabezada. ¿Vas a la rueda de prensa del mastuerzo de Vincent Francis Flanagan?

—Sí.

—El hotelito se llama TRENAN. Llámame para resumir lo que haya dicho el primer teniente de alcalde, ¿eh?

—¿Sólo por eso?

—Y para garantizarme que pese a la distancia me sigues queriendo.

—¡Tonto!

—Dame un beso, boquita de chicle.

—Yo te doy...

—¿No quedamos en que faltan cuatro días?

—Faltan.

Se besaron largo y tendido. ¡Ya vendrían tiempos mejores!

Capítulo IX

¡RIIIIIING!

Pareció como si el campanillazo se lo pegaran en las sienes.

¡RIIIIIIIING!

—Asco de vida... —masculló. Y atrapando el auricular—: ¿Sí...?

—Tiene una llamada de Nueva York, señor Buchanan.

Se despabiló, maneando la testa roja de un lado para otro

—O.K. Pásemela.

—Al instante, señor. ¡Hablen!

—¿Eres Mary Anne...? —inquirió el policía.

—Frío... —respondieron con sorna.

—¡Eh, Robert! —había reconocido al punto la voz de su compañero el sargento Langella—. ¿Qué cueces por ahí?

—Me he tropezado con Mary Anne en la rueda de prensa y me ha dicho dónde podía encontrarte. He hablado con el pesquiza, Kevin.

Se estiró en la cama, hacia lo alto. Atento, inquirió:

—¿Y?

—Lo niega todo, lógico. Nunca en su vida ha oído hablar de Beau Ward. Y... ¿cómo iba yo a darle trabajo a un hombre que ni conozco, sargento? Le he apretado las clavijas... Entonces ha montado en cólera y ha hecho alusión a las deficiencias e irregularidades que se suceden en el Departamento. Ha mencionado la palabra incompetencia y se ha permitido añadir que nos matamos a tiros entre nosotros para silenciar la podredumbre...

—No te justifiques más, Robert. Le has tocado la cara.

—Más bien sí. No se ha defendido, pero sí me ha garantizado que me llevará ante los tribunales por violencia física, insultos, difamación, abuso de autoridad...

—Y le has vuelto a tocar la cara.

—Menos que la primera vez.

—Ya. Tranquilo, no te demanda. Suponía que todo iría así.

—Hay algo más, poli. Tengo un buen amigo, chivato de confianza de toda la vida que...

—Se dice confidente, Langella.

—Confidente de toda la vida. Beau Ward trabajaba para Arnold Bergen y eso va a misa. Más todavía: últimamente había estado

investigando, por cuenta y orden de Arnold, la vida privada y milagros de Jennifer Sydow... esposa de nuestro primer teniente de alcalde, Vincent Francis Flanagan. Ward, según parece... ¡y agárrate ahora!, llegó a establecer las intimidades que unían a Jennifer con su cuñado... con Bruce Flanagan. ¿Cómo se te ha quedado el cuerpo, poli?

Tardó unos instantes en responder porque el cuerpo se le había quedado muy quieto y la azotea funcionando a toda pastilla. Dijo, finalmente:

—Si tu chivato... ¡digo confidente de toda la vida!, está en lo cierto, ¡estallarà la bomba que diría Alexandra Savage!

—¿Quién es Alexandra?

—Una chica que en verano no lleva bragas. ¡Olvídalo! Si eso responde a la realidad y tiene puntos de conexión con lo que pueda decirme la misteriosa mujer que me ha citado aquí, en Philadelphia, puede que nos estemos acercando al fin. A un fin tan espectacular como imprevisible.

—¡Ah, Kevin! Oye...

—Oigo.

—Mary Anne me ha dicho que te resumiera yo mismo la conferencia de Vincent. Se ha metido con nosotros, pero con moderación, con tacto. Me ha dado la sensación de que estaba preocupado por otros asuntos... yo sabía y tú también ahora, que clase de asuntos. Se ha metido con los polis, sí, pero menos de lo que cabía esperar. Pero ha asegurado, taxativamente, que moverá todas sus influencias y su poder, eso sí, en las esferas políticas de la nación, para que se produzcan urgentes y sustanciales cambios en las estructuras policiales en general y en las del Departamento de Nueva York en particular.

—Va a necesitar de esas influencias, y más, para que toquen al jurado que acabará enviándolo al talego de por vida.

—¿Seguro?

—Recuérdame si me equivoco que me coma la placa. Y ahora... ¿te importaría dejarme dormir un rato? Estoy roto...

—Entiendo, poli. ¿Alexandra?

—¡Muérete! —y colgó.

No pasaron cinco minutos y ya estaba integrado de lleno en los dominios de Morfeo.

Más tarde, pensó, analizaría todo lo sucedido desde que la noticia saltara en el télex. Y empezaría a unir las piezas de aquel puzzle que danzaba trágica y grotescamente en torno del Departamento de Policía de Nueva York.

Asuntos Internos, sí.

Tan internos como el sueño que envolvía al pelirrojo.

* * *

Un crujido, primero.

Después un suave vientecillo que azotaba, tibio y acariciante, el dormido rostro.

Al fondo, ondulaban unos blancos visillos, caracoleados por el viento.

Y un hombre estaba quieto, rígido, muy quieto, junto al alféizar de la entreabierta ventana.

Conteniendo la respiración.

Procurando estabilizarse e integrarse en el silencio para no turbar el profundo sueño del policía.

El tipo llevaba un pañuelo, probablemente de seda, rojo.

Y lo llevaba de una manera muy singular...

Muy significativa.

Uno de los extremos estaba volteado en torno a la palma de su mano derecha, el otro, el de la zurda. De esta manera, el hombre juntaba las manos y al distanciarlas de inmediato tensaba la seda como si quisiera asegurarse de su consistencia.

Como buscando obtener la certeza de que cuando anudase el pañuelo alrededor de la garganta de Buchanan y empezara a apretar, a apretar, a apretar... aquella tela suave, dulce, cálida al tacto, cumpliría perfectamente su misión letal.

Los ojos oscuros y sucios del individuo escrutaron la penumbra de la estancia y se detuvieron, fijos, malévolos y escrutadores, en la persona que estaba echada sobre el lecho durmiendo con respiración tranquila y acompasada.

Se puso en movimiento con la mortal lentitud y felina agilidad de un tigre, avanzando como el dañino animal podía hacerlo entre la vegetación de la jungla sin producir el menor ruido.

Avanzaba, sí...

Hacia la cama.

Y seguía tensando una y otra vez el fatídico pañuelo de seda rojo cuyas extremidades sujetaban las palmas de sus manos.

Eran un avance lento, sigiloso, milimétrico...

Las suelas de sus zapatos debían ser de crepé, caucho o material similar, porque no producían el más leve siseo, el menor quejido, al entrar en contacto con el piso conforme se acentuaba el avance.

A unos tres pasos, cuatro a lo sumo, de la cabecera de la cama, volvió a inmovilizarse por completo.

Y así se mantuvo por espacio de varios segundos,

extraordinariamente quieto... extrañamente inmóvil. Sin respirar apenas.

Era como si estuviese tomando medidas exactas de los restantes movimientos que iba a efectuar a continuación, para que no se produjera el menor fallo.

Kevin Buchanan dormía con expresión plácida.

Respirando a intermitencias.

Chispearon los ojos sucios del asesino expresando satisfacción, reverberando en cada destello de sus pupilas la certeza de que su trabajo iba a verse coronado por un mortal éxito.

Reanudó el avance.

Un paso...

El pelirrojo seguía respirando en períodos precisos, con la normal frecuencia de quien está absorto en la reconfortante intimidad del sueño.

Dos pasos...

El hálito que expelían los labios levemente entreabiertos del pelirrojo en su normal periodicidad respiratoria se estrellaron en el rostro malévol, curtido, brutal, del asesino.

Tres pasos...

Ahora el aliento del policía le dio de lleno, al inclinarse sobre él unos centímetros.

Soltó un extremo del pañuelo para dejar la derecha en libertad.

Un puñetazo bestial, demoledor, con el que lo trasladaría del sueño a la no menos profunda inconsciencia... para anudarle con toda tranquilidad el pañuelo en torno al gaznate.

Cerró el puño.

Que parecía una maza.

Y lo fue alzando, despacio, lo mismo que si recreara morbosamente en el cobarde movimiento, estableciendo una perfecta y cuidada perpendicular entre el puño demoledor y la cabeza de Buchanan.

Kervin soltó un largo silbido.

Era como la confirmación a la placentera tranquilidad de su sueño.

El puño asesino se detuvo y durante unos instantes dio la sensación de quedar suspendido en el vacío.

¡Y bajó, de súbito, con velocidad alucinante!

Como un obús, sí.

Justo en el preciso instante en que por los labios de Kevin Buchanan surgía otro largo y profundo silbido.

En el momento exacto en que el pelirrojo daba una vuelta

meteórica sobre sí y sobre la cama, hacia la izquierda, escapando por fracciones de segundo a la demoledora andanada.

El pelirrojo había estado perfecto.

Su estrategia había sido genial.

Dejando al otro que se confiara al máximo, ayudándole a creer que estaba profundamente dormido, lo cual hizo que el asesino descargara el golpe con toda su brutal violencia poniendo en él la fuerza que emanaba de su gigantesca naturaleza y por ello, al no encontrar en el camino la resistencia que debía ofrecer la cabeza de su víctima, por la propia inercia, se vino abajo casi taladrando la almohada y metiendo el puño entre la espuma que había en el interior.

—¡Maldita sea! —masculló—, ¡Te voy a tritular...!

Era un decir. Era una forma como otra de exteriorizar la rabia que generaba dentro de él su inicial fracaso.

Kevin se fue a la derecha, encogiéndose, para clavar la puntera del zapato en el flanco de su sigiloso antagonista.

—¡Aaaag!

Dolía, sí. Y mucho.

Buchanan, plegando las piernas y sirviéndose de las nalgas como muelle, lo mismo que si tuviera una catapulta debajo del trasero, salió por los aires rebasando el saliente de los pies de la cama y tomó tierra en mitad de la estancia, revolviéndose.

El del puño, obvio, había reaccionado también.

Volaba en pos del policía haciendo gala de una agilidad reñida aparentemente con su envergadura y Kevin anduvo ligero a la hora de evitar, sólo en parte, la andanada.

No obstante el tipo consiguió su empeño y derribó a Buchanan en tierra. Allí, el pelirrojo trató de hurtarse al tremendo peligro que representaba el hecho de que el otro pudiera situarse sobre él aplastándolo con su bestial anatomía, pero no pudo lograrlo.

Las manazas, que habían dejado el pañuelo para mejor ocasión, buscaron afanosamente la garganta de Kevin.

Se enrollaron en ella pese al escorzo postrero que intentó el policía.

Apretaban ya...

¡Y cómo!

Buchanan notó que el aire empezaba a faltarle en los pulmones, lo que obligaba al corazón a golpear con fuerza desesperada dentro de su pecho amenazando con hacerlo estallar.

Logró encoger la pierna derecha unos centímetros y...

¡La rodilla arriba con toda la violencia de que fue capaz!

Impacto donde debía y el asesino largó un doloroso aullido.

Al instante las manazas cedieron en la bestial presión que ejercían alrededor del pescuezo del poli.

—¡Buf! —respiró Buchanan.

Pero no se dio tregua. Aprovechando los retorcimientos del otro con ambas manos aplastadas contra los genitales y aprovechando también que se había alejado como un par de palmos le incrustó el zapato en pleno rostro convirtiéndole la nariz en un amasijo como consecuencia de la fuerza e ira que había concentrado en el punterazo.

—¡Aaaag!

Se alzó, nervioso y ciego, al entender lo cerca que había estado de la muerte, dispuesto a dar buena cuenta de aquel mal nacido.

El menda estaba en cucullas.

Kevin se le plantó delante trazando un violento uno-dos que hizo retroceder de nuevo al asesino y acabó cazándolo en un gancho tan perfecto y espectacular, que lo alzó como un palmo para catapultarlo contra la cama donde estalló la bestial naturaleza con chasquido estremecedor.

La nuca del tipo había golpeado contra uno de los cantos de la cama y su cabeza, al instante, se dobló hacia delante trágicamente.

—¡No... maldita sea! —bramó Kevin, precipitándose hacia el tipo.

La inmovilidad era significativa. La forma en que se había torcido la cabeza, también.

Le puso el dedo en la garganta junto a la aorta.

Nada.

Muerto.

—¡Mierda! ¡Es la segunda vez que me ocurre lo mismo!

Lo registró.

No había nada entre la documentación del asesino.

Documento de identidad y permiso de conducir extendidos a nombre de la misma persona: Everett Hurt, con domicilio en Nueva York, 285 de Van Horn Street.

Aquello y nada, lo mismo.

¿Trabajaba también aquel fulano a las órdenes del detective Bergen?

Posible, sí. Pero difícil de probar, desde luego.

¡Fuera cábalas! Ahora debía ponerse en contacto con los colegas de Philadelphia y tranquilizar a los encargados del TREMAN con respecto a lo sucedido.

—¡Con la de problemas que tengo...! ¡Sólo me faltaba esto!

Se fue al teléfono.

Capítulo X

CIUDAD de Philadelphia.

Siete p. m. horas.

Número 1052.

Avenida del Día de Acción de Gracias.

L'Amour Rouge.

Un pub... sí.

En el que le había citado una anónima y misteriosa comunicante para hablarle, posiblemente, de algo que tenía relación con los hechos graves que últimamente se habían disparado y cernido en torno al Departamento policial de Nueva York.

Asuntos Internos, desde luego.

Asuntos... acerca de los que el presidente en persona había pedido soluciones en un período máximo de setenta y dos horas.

Y la llamada hecha en la ciudad de los rascacielos que lo había trasladado a la puerta de aquel coquetón pub, no sin antes dejar un asesino en la cuneta.

¿Por qué tanto misterio y tanto retorcimiento?

Kevin pensó que las novelas y las películas no eran en realidad tan fantasiosas como la gente creía.

Pero... ¿por qué en la vida tanto misterio y tanta morbosidad?

Bueno, después de la conversación telefónica mantenida desde el Trenan con Robert Langella, el misterio era menos. Algunos puntos oscuros los tenía ahora bastante claros.

Después de la entrevista sería cuestión de ir recomponiendo el rompecabezas con las piezas de él que ya tenía en la mano.

Si el tercer asesino no tenía más suerte que los dos precedentes... ¡que también había que contar con eso!

—¡Bah! —rechazó con una apagada sonrisa, lanzando al aire, de forma instintiva, la mano diestra.

L'Amour Rouge.

Un pub... sí.

¿Con soluciones en el interior?

Eso había que verlo.

Ya.

¡Adelante, pues!

—¿Tiene la... llave, señor?

Había pronunciado la palabra «llave» con una entonación significativa. Significativa para el que entendiese el significado, claro.

Miró al portero, al que había hablado.

Muy grandote él. Muy uniformado. Muy correcto... aparentemente. Pero se le antojó que muy peligroso.

Habría que andar con tacto para no estropear las cosas antes de que empezaran.

—¿De qué «llave» me habla, amigo?

—Veo que no la lleva.

—Bueno... —el pelirrojo trató de sonreír—, llevo la de mi casa, la de los cajones de mi mesa de oficina... Pero la que usted me pide me temo que no la llevo. ¿Puede decirme de qué «llave» se trata?

—Si no lo sabe no puedo explicárselo.

Le mostró la credencial.

—Sargento Buchanan —se presentó—. Homicidios de Nueva York.

—Esto es Philadelphia, sargento.

—Y esto —insistió alzando la credencial y metiéndosela casi en el entrecejo—, aquí y en todo lugar, en la totalidad de la geografía del Tío Sam, en el orbe estadounidense, calles, bares y casas de lenocinio y tolerancia incluidas... ES UNA PLACA POLICIAL, ¿lo entiende? Algo que me acredita, ¿está claro? Así que, amigo, antes de que decida ponerme desagradable, hágale de esa llave en román paladino, de una manera que yo lo entienda. ¿Hace?

Cabeceó, afirmativo. Aviniéndose al diálogo.

—Podemos entendernos hablando, sargento. Le ruego disculpe mi terquedad, pero comprenda que yo debo cumplir instrucciones... Esto es una especie de club privado, ¿sabe?

—¡Ah, ya! —movió la rojiza testa de arriba abajo—. Y la llave la contraseña de los habituales, ¿no?

—Exacto. Se trata de un pequeño llavín forrado con terciopelo rojo. Por eso...

—Mire —le interrumpió el policía—, no sé si servirá para aclarar mi situación, pero puedo decirle que una señora me ha citado aquí para las siete de esta tarde.

—Venga, por favor.

Pasaron al interior del local y se detuvieron en un precioso vestíbulo con alfombra, cortinajes y decoración totalmente en rojo, donde el portero utilizó el aparato telefónico —modelo de principios de siglo— que descansaba en una repisa junto al guardarropía.

Le oyó decir:

—Dígale a *m'sieu* D'Anjou que venga inmediatamente a recepción.

Ni un minuto tardó en aparecer el que le sería presentado por el amable, a fin de cuentas, portero, como maître de la casa y bajo el nombre de monsieur Sacha D'Anjou.

—El sargento Buchanan —agregó, después de que el policía y el maître se hubieran estrechado la mano— ha sido citado aquí por una señora, *m'sieu* D'Anjou.

—Sí, Peter. Gracias. Yo me ocuparé de atender al señor Buchanan.

Peter se largó a la puerta para seguir cumpliendo con su obligación, Sacha, un tipo alto y elegante, acicalado más que vestido, con maneras y aire de la más pura escuela versallesca, anunció:

—Le suplico que me siga, monsieur Buchanan. Y no se separe de mí, por favor. Dentro no hay demasiada luz. Usted ya comprende, ¿verdad?

—Saqué el número uno en la última promoción de los comprensibles.

—¡Admiro a los que tienen sentido del humor! —exclamó el maître.

Traspasaron los tupidos cortinajes.

Había dicho: «no hay demasiada luz»; y tenía que haber dicho: «no hay ninguna luz». En aquella auténtica boca de lobo se veía, a intermitencias, algún chispazo brillante... y siempre rojo.

La tenían tomada con aquel color. Por algo se llamaba L'Amour Rouge, ¿no?

—¿Me sigue, sargento?

—Lo intento...

Calculó que había dejado atrás la sala central y caminaban ahora por un pasillo.

Al que se abrían los reservados.

Sacha D'Anjou se detuvo y Kevin no se dio contra su espalda de casualidad.

Allí había otro tipo, sí. Por su voz y unos brazos que vio moverse se lo hizo tan grande como el portero y como el que había intentado liquidarlo en el Trenan.

El que intuía más que veía le preguntó al maître:

—¿Lleva armas, Sacha?

—¡*Mon Dieu!* ¡Claro que lleva armas! Es policía.

—No sé si... —empezó el que montaba guardia a la puerta del reservado.

—Yo sí sé —le cortó Kevin con sequedad— que voy a entrar ahí con mi revólver reglamentario encima. ¿Está claro, caballeros? Hágase a un lado, *m'sieu* D'Anjou. Y usted, como se llame, abra la puerta y deje paso.

—Bien —aceptó, al tiempo que descargaba los nudillos contra la

hoja de madera, anunciando a quien estaba en el interior—: Señora, el caballero que usted esperaba ha llegado.

—Que pase, por favor —pidió una voz femenina.

—Buenas tardes.

Y pasó.

Allí dentro se veía menos que afuera.

—Si puede guiarse por mi voz sitúese enfrente y tome asiento en la butaquita.

Lo consiguió al punto, diciendo:

—Supongo que entre ambos hay una mesa, ¿no?

—Con un vaso de whisky al alcance de sus dedos.

Se oyó cerrarse la puerta.

—¿A qué viene tanto enigma, señora?

—Ya le he dicho por teléfono que mi vida... usted cobra por jugársela me ha dicho, ¿no? Mi vida, en otras circunstancias, correría peligro. Incluso así, lo corre.

—Imagino, de todas formas, que tiene algo importante que decirme.

—¿Piensa que de lo contrario le habría citado con tan extremas precauciones?

El pelirrojo sonrió en la oscuridad.

—Lo que yo piense, señora, está por más. Es usted quien tiene la palabra y con ella el poder demostrarme si todo esto ha valido la pena.

—Al término de nuestra entrevista podrá juzgar.

—La escucho... ya que no la veo.

—Me han informado de que es usted un hombre íntegro y un policía honesto.

—Dele las gracias de mi parte a su informante. Pero si le parece, abreviemos.

—Sí... —había una vibración nerviosa en el registro femenino—. Bruce Bernard Flanagan fue asesinado por su hermano... por Vincent Francis Flanagan.

Pensó en lo que poco antes, por teléfono, le dijera su compañero Langella.

—Eso hace rato que lo sospecho —no había la menor emoción en la voz del pelirrojo—, pero sin pruebas, es como si tuviera una guitarra y ni idea de solfeo. ¿Tiene usted esas pruebas?

—Físicas... no. Pero puedo exponerle mis razonamientos que estoy segura le serán de mucha utilidad.

—El fiscal, más que pedir, exige esas pruebas físicas a que ha aludido usted misma —largó en el mismo tono exento de emoción que

antes. Y tras una breve e intencionada pausa, desgranó con lentitud—: Usted no ignora eso... Jennifer Sydow. ¿O prefiere señora de V. F. Flanagan?

La andanada dio en el blanco.

Porque el respingo que brotó, al instante, por los labios de ella fue elocuente.

Tuvo la virtud de no recomponer el desliz tratando de fingir.

—¿Cómo lo ha sabido, sargento?

—Llémele intuición policial, señora. Y creo que a partir de ahora, debe hablar usted con claridad... ¿no le parece?

Un suspiro. Y una brisa tibia, el aliento de ella, azotando dulcemente el rostro del pelirrojo.

—Yo amaba a Bruce Bernard Flanagan.

—¿Por qué no se casó con él?

—Vincent lo impidió. Vincent... —pareció que iba a contener su impulso, pero no. Se expresó abiertamente, sin ambages ni eufemismos—: Vincent es un canalla, uno de esos hombres que tienen habilidad para hacerse con el poder y el dinero empleándolo luego para satisfacer sus ambiciones. Yo era la novia de Bruce cuando éste apenas había ascendido a capitán de la Metropolitan Police gracias a su inteligencia... y tenía ante él un brillante porvenir. Vincent, diez años mayor que él, me deseaba. Me deseaba desesperadamente... —hizo un fugaz paréntesis de silencio, respetado por Kevin y prosiguió —: Las mujeres tenemos una perspicaz intuición para saber cuándo nos aman o cuándo nos desean. Vincent agonizaba de deseo por mí... En cuatro días como quien dice hizo del capitán Bruce B. Flanagan, moviendo sus resortes en Washington... el comisionado de la policía de Nueva York y luego le pasó... factura.

—La factura era usted, claro.

—Sí.

—¿Cómo reaccionó Bruce?

—Mal. Violentamente, Le sacudió a su hermano una paliza fenomenal.

—¿Y cuál fue la reacción de Vincent tras el castigo?

—Amenazó a Bruce con informar a la opinión pública de las irregularidades que ocurrían en el ámbito policial neoyorquino. Le dijo tener nombres, fechas, pelos y señales, de policías que cobraban por no cumplir con su obligación.

—Serían los mismos que él pagaba, ¿no?

—En efecto —admitió Jennifer Sydow, señora de Flanagan. Añadiendo—: Pero eso, Bruce, todavía lo ignoraba. Sabía de la corrupción y el cohecho, pero ignoraba quién lo fomentaba. De todas formas le dijo a Vincent que si él hacía eso le saltaría a tiros la tapa de

los sesos. Vincent conocía bien a su hermano, por lo cual, se tomó muy en serio la amenaza.

—¿Cómo consiguió casarse con usted...? Porque me imagino que debió obligarla, ¿no?

—¡Por supuesto! —casi gritó. Añadiendo—: Ya he significado que Vincent sabe manejar su poder... tiene una rara habilidad. A partir de entonces centró su atención en mi padre que es el cajero jefe del Credit of Bank United States en la delegación de Nueva York, entidad que le supongo enterado preside Vincent Francis Flanagan. Mi padre tiene pasión por los naipes. Vincent le invitó a partidas clandestinas en las que se jugaba muy fuerte y donde perdió unas cantidades que le obligaron a sustraer fondos de la caja del banco para liquidar los pagarés contraídos con fieles sicarios de Vincent.

—Y el precio de su silencio por no enviar a la cárcel a su padre y cubrir su nombre de ignominia... fue usted.

—Compró mi cuerpo de esa manera.

—Pero usted siguió... digamos viéndose con Bruce.

—Sí... Por muchas razones. Primero pensé que debía ser fiel, aunque me repugnase, a Vincent. Pero luego entendí que amaba demasiado a Bruce como para poder cumplir aquel requisito de fidelidad hacia quién se me había impuesto como marido. Además, Bruce, estaba como loco. Y yo debía evitar un enfrentamiento definitivo entre ambos.

—Entiendo. De todas formas, Vincent obtuvo pruebas de la intimidad existente entre Bruce y usted...

—Nos colgó un detective a la espalda día y noche.

—Lo sé. Se trata de Arnold Bergen... con el que hablaré largo y tendido en cuanto ponga los pies en Nueva York. Siga Jennifer...

—Bruce también se movía por su cuenta...

El pelirrojo no pudo evitar la tentación de interrumpirla nuevamente. En estos términos:

—Buscando pruebas concluyentes de los manejos de Vincent en torno al departamento policial, ¿no?

—Sabe usted más cosas de las que yo suponía, sargento.

—En mi modestia procuro hacer honor a los que confiaron en mí a la hora de decir que sería un buen policía —sonrió otra vez en la oscuridad. Puntualizando—: Vincent manejaba a determinados policías en beneficio de sus ingresos ilegales por un lado y de sus ambiciones políticas por otro, ¿no?

—Eso último, sobre todo. Necesitaba tener atados de pies y manos a quienes ocupaban sitios clave en el Departamento y que podían serle muy útiles a la hora de las elecciones. Piensa presentar su candidatura a gobernador del estado en los próximos comicios. Bruce sabía todo

eso y más. Y buscaba la forma de hundirlo probando sus métodos de corrupción. Yo, es obvio, colaboré en la tarea. Así conseguí la combinación de la caja privada de Vincent y Bruce pudo fotografiar, página por página, ese libro de contabilidad donde aquel tenía minuciosamente anotados, asiento por asiento, los nombres, días, fechas, cantidades... y motivos porque éstas eran entregadas. Con esos negativos en poder de Bruce, Vincent estaba acabado.

—Por eso el comisionado convocó la rueda de prensa... —dijo Kevin. Murmurando para sí—: Bastara con que les enseñe el álbum familiar de fotos. ¡Todo va encajando, sí!

—¿Cómo dice...?

—¡Oh, perdón, Jennifer! Pensaba en voz alta. ¿Cómo se enteró Vincent de que Bruce había hecho esas fotos?

—Merced a un sistema oculto de grabación que registró los comentarios que cruzamos Bruce y yo. Eso me hizo saber que cada vez que Bruce había estado en casa subrepticamente, Vincent había escuchado después nuestra conversación. La única que tuve la oportunidad de oír... fue la que contenía el comentario acerca de la utilidad que Bruce iba a dar a las fotos ante mi reticencia y mi inútil intento de convencerle de que lo dejase y la sugerencia de que nos fugásemos de aquí. Pero Bruce deseaba tanto hundirlo, pisotearlo... Cuando Vincent me dejó escuchar la cinta entendí que aquella noche Bruce iba a morir. Cierto... Hugh Farley, a quien usted conocía perfectamente y que figuraba en la nómina de Vincent, era el encargado de la ejecución. Jugué mi última carta consciente de que mi marido me deseaba con idéntica brutalidad que el primer día: le prometí que sería íntegramente para él, que a partir de entonces haría cuanto él deseara.

—No fue suficiente.

—No. ¡Y en parte me engañó! Me dijo que llamase a Bruce advirtiéndole de que a las once de la noche, Farley iría por él. Lo hice. Como Vincent había previsto en su plan... para luego aparecer él y asesinar a Bruce.

Kevin estuvo durante unos instantes en silencio. Luego dijo:

—Gracias, Jennifer. ¿Tiene usted alguien en Philadelphia?

—Sí, mi madre y mi hermana. Esta última, Suzanne, es la propietaria de L'Amour Rouge.

—Quédese aquí, en Philadelphia —ordenó más que dijo Buchanan—, hasta que yo la llame. Su testimonio será importante... Por eso y por usted misma, debe preservarse de cualquier riesgo.

—De acuerdo, sargento.

—Gracias de nuevo, Jennifer —insistió, alzándose de la butaca en la oscuridad y caminando a tientas hacia la puerta.

—Espere, ya no es necesario el enigma.

—Es igual, me oriento, me oriento... —susurró el pelirrojo justo en el instante en que a bulto daba con el tirador de la portezuela y la abría.

Jennifer encendió la luz.

Afuera estaba totalmente en tinieblas y desde el pasillo, al iluminarse el reservado, veíase al dedillo lo que había dentro.

La explosión de claridad tras un lapso prolongado de tinieblas dejó «ciegos» a Jennifer y Kevin.

Por espacio de treinta segundos, más o menos...

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Los suficientes para que el asesino que había aguardado su oportunidad en las tinieblas que envolvían el pasillo accionase el gatillo de su automática precisando el blanco con facilidad.

Con mortal puntería.

Jennifer Sydow se cubría con un precioso vestido de gasa negra, descotado por debajo de los hombros y sujeto por encima de éstos con dos finas y sugestivas tiras, que realizaba entre la vaporosidad de sus giros y relieves la clase innata de su orográfico trazado, la suave rotundidad de sus curvas tan tenues como geométricas, la maravillosa exquisitez de su cuerpo magistral.

Los tres impactos se colaron entre la umbría canal que distanciaba sus pechos mórbidos, excitantes y señoriales, provocando unos surtidores de sangre que tiñeron, para hacer juego con la decoración del local, en rojo, la fúnebre gasa.

Pareció alzarse unos milímetros en su asiento. Luego se dobló adelante estrellando la cabeza en la mesa para derribar el vaso de whisky que Buchanan había dejado incólume.

El cristal se hizo añicos en tierra, sobre la roja moqueta.

—¡Maldita suerte la mía!

Pero no dudó.

Consciente de que nada podía hacer por Jennifer tiró del pistolón encauzándola boca del gatillo hacia la espalda del que corría pasillo arriba.

A las piernas...

A las piernas porque esta vez no podía equivocarse.

Pero el asesino, con las prisas, se enredó en sus propias piernas, se hizo un lío, trompicó empezando a bajar...

¡BANG! ¡BANG!

Le atravesó por dos veces la espalda en su inesperada caída, muy cerca de la parte posterior del corazón.

Cayó, definitivamente.

Kevin se fue hacia él saltando por encima de un bulto que

pertenecía al cuerpo del guardián a quien el asesino se había encargado previamente de poner fuera de combate.

Había confusión en la sala.

Se escuchaban histéricos gritos de mujer, maldiciones y tacos en labios masculinos... razonamientos en boca de los empleados y el maître que aconsejaban guardar la calma.

Un caos.

—¡Avisen a la policía! —gritó alguien.

Buchanan se inclinó junto al pistolero justo cuando las luces claras y blancas rompían las rojizas oscuridades del local inundando con un baño cegador la sala central de L'Amour Rouge.

—¡Ese es el asesino!

Metió la diestra por debajo de la nuca para levantar la cabeza del fulano.

—Te estás muriendo, muchacho. Y tú lo sabes. De nada te vale ya guardar silencio. ¿Quién te envió...?

Hizo un notable esfuerzo por abrir los ojos al máximo. Los que parecían un par de cubos de cristal empotrados en el fondo de aquellas cuencas inexpresivas.

Abrió también la boca en desesperado intento de absorber todo el aire del lugar.

Le faltaba el oxígeno y las palpitaciones enloquecidas de su corazón se hacían ostensibles en la forma en que se dilataba el tórax.

—Me... caes mal... poli... Hurt... es un estúpido...

—Te estás muriendo, amigo. Aunque yo te caiga gordo descarga un poco la conciencia antes de mostrársela al de arriba, ¿eh? La muerte nos hace iguales y hasta mejores si sabemos morir con dignidad. ¿Quién?

—Ar... Arnold... también es... es un hijo...

Torció la cabeza que sostenía Kevin hacia la izquierda.

—Pero ¿es que nadie llama a la policía? —se desesperó alguien.

—¡Aquí hay un policía, señores! —gritó Sacha D'Anjou, maître del local—. ¡Tengan calma! —y corriendo hacia donde estaba Kevin, arrodillado junto al asesino enviado por Arnold Bergen y que acababa de expirar, gritó—: ¡Por Dios, sargento Buchanan! ¿Qué ha sucedido?

—Haga lo que le han dicho, D'Anjou. Llame a la policía...

—Pero ¿usted no...?

—¡A la policía de Philadelphia, demonios! —estalló, excitado.

Capítulo XI

LA distancia entre Philadelphia y Nueva York, por aire, es exigua.

De ahí que el Boeing de la Pan American dejase al pelirrojo Buchanan en el neoyorkino John Fitzgerald Kennedy Internacional Airport a las 9.37 horas p. m.

Pie a tierra, Kevin se dispuso a concretar el proyecto que su mente había urdido mientras se hallaba suspendido en el azul del cielo y surcando las algodonosas nubes del infinito.

Lo tenía, por decirlo de alguna manera, bastante claro.

Su inminente e inmediato objetivo: Arnold Bergen.

El private eye.

Buchanan había creído hasta hacía pocas horas que Bergen era lo que se llamaba en el actual lenguaje de a pie «un fantasma».

Un tipo que iba por la vida de enterado y al que encima las cosas le salían bien.

¡Que los hay, no lo duden!

Un niño bonito, un gilipuetas con suerte —en todas las facetas de nuestra terrena estancia, la suerte es la mamá del cordero— que había solventado un par de casos espectaculares, brillantemente (por decirlo de alguna manera), ¡y de ahí, a la gloria!

Al estrellato de los detectives privados.

Coge la fama y ponte a sobar.

A la gente de pasta —los señores que se dice— le había dado por patrocinar al guaperas de Bergen, al pesquisa de celuloide como le calificaban algunos sectores de la prensa, confiándole sus casos, por lo general triviales y vulgares, y éste, consciente del asunto, le había dado por presentar unas minutas que echaban lumbre.

Pero daba un kilo de farde, vestía la tira, enseñar una factura de Bergen.

Y él lo sabía.

Hasta aquí, correcto.

Hasta aquí, lo que había pensado que era Bergen, Kevin Buchanan.

Pero no.

Arnold Bergen era, en realidad, un mal bicho.

Un auténtico hijo de perra que se había metido en asuntos muy sucios, que había contratado a gente muy sucia como Beau Ward,

Everett Hurt y el fulano que «cascara» en L'Amour Rouge de Philadelphia, encomendándoles misiones de asesinato.

Concretamente sobre la persona de Kevin Buchanan, por encargo de Vincent Francis Flanagan.

¡Y pensar que algunos policías incluso sentían cierto respeto hacia él!

Y lo trataban en plan de intocable.

No todos, por fortuna.

Como Robert Langella que le había tocado la cara.

Y Kevin Buchanan...

¡Que tenía unas ganas enormes de darle algunos tientos en la jeta!

Dejando todos estos razonamientos a un lado lo que estaba diáfano era que Arnold Bergen se había convertido en pieza clave de aquel asunto que involucraba al Departamento policial de Nueva York... en testigo de cargo para destruir el imperio maloliente que un mal día construyera el primer teniente de alcalde del Banco de Crédito de los Estados Unidos.

Pero lo que también estaba diáfano era que Bergen, voluntariamente, no se volvería contra el criminal mecenas que tanta «tela» le había dado a ganar.

Con investigaciones sucias como el averiguar los pelos y señales de la intimidad entre Jennifer y Bruce Bernard... o planes de asesinato como el emprendido contra el propio Buchanan.

Sería cuestión de... convencerle.

De convencerle sobre la necesidad de volver a ser un chico decente y honrado.

Kevin había coincidido en un par de ocasiones con Bergen y apenas si se habían cruzado el «¡hola!» y «¡muy buenas!»

Antes de salir de Philadelphia había contratado telefónicamente con su compañero Langella para obtener la ubicación del domicilio privado del detective.

Por eso al subir en uno de los taxis que aguardaban en la zona de parking del aeropuerto, tras el saludo, le dijo al chófer:

—Al 118 de Continental Avenue. Eso cae cerca del Pelham Bay Park.

—De acuerdo, amigo. ¿Por dónde quiere que vaya?

—Usted es el patrón del barco, ¿no? Elija la ruta.

—De acuerdo.

Kevin se hundió en el asiento sumergiéndose de nuevo en sus pensamientos.

Fue cuestión de 20 minutos.

—Hemos llegado, jefe.

Echó mano a la cartera.

—¿Qué le de...? —se cortó en flor porque de soslayo había captado la figura alta, atlética, erguida, que asomaba a la calle procedente del edificio destacado con el 118 en Continental Avenue... y que respondía a las señas físicas de Arnold Bergen—, ¡Oiga! ¿Ve a ese tipo? Al que está saliendo de la casa...

—Sí... ¿Y?

—Vamos a seguirle, amigo.

—Mire, jefe, yo no participo en persecuciones, ¿sabe? Eso, para las películas, en donde los taxistas son muy valientes.

Le mostró la credencial.

—Estoy de servicio.

El taxista lanzó un prolongado suspiro al tiempo que ensayaba un encogimiento de resignación.

—Si no hay más remedio...

—No lo hay.

—Entonces, que sea lo que Dios quiera. ¡Eh...! Parece que va a subirse en un auto.

En efecto, Bergen estaba abriendo la portezuela de un Nash color crema modelo del 80.

—Espere a ver qué hace —dijo el pelirrojo. Añadiendo—: En cuanto ponga el coche en marcha vamos tras él.

—O.K. —volvió a resignarse el chófer, echando hacia lo alto la visera de su gorro.

El Nash del 80 color crema salió del estacionamiento para internarse, a marcha moderada, por Bruckner Avenue y de ésta pasó a Hutchinson River, con el taxi en que viajaba Kevin pegado a la carrocería.

Cruzaron el Bronx-Whitestone Bribge para subir por la 147 hasta Clintonville Street y torcer hacia Fowells Cove.

El coche tripulado por Bergen se detuvo en una zona preñada de oscuridad.

El taxista lanzó un nuevo resoplido, éste de satisfacción.

—¡Final de trayecto, jefe!

Pagó con generosa propina.

—¡Vaya con el Departamento! ¡Y eso que tienen problemas! —cantó le chófer.

Buchanan no se hizo eco de la última exclamación del taxista porque estaba muy pendiente de los movimientos del detective.

Se dirigiera adonde se dirigiese, tenía que interceptarlo primero.

Por eso salió a la calzada, negra y sin luz, corriendo agachado junto a los vehículos estacionados, para rebasar a Bergen y salirse de

cara.

Por delante.

—Buenas noches, detective.

Pegó un respingo porque deba la sensación de que al pelirrojo lo habían parido allí en medio, de repente, entre las tinieblas y muy creciditya.

—¡Leche...! —exclamó. Y pese al susto inicial, trató de conservar la calma y las buenas maneras, inquiriendo—: ¿Quién es usted? ¿Qué desea?

—Nos hemos visto pocas veces, pero sabes perfectamente quién soy, hermano. Buchanan, de Homicidios. Que te traigo saludos de Beau Ward, Everett Hurt y otro tipo que se ha quedado muerto en Philadelphia.

No se alteró.

—¿Viene usted con las mismas chorradas que su compañero Langella?

Le clavó un zurdazo en el hígado. Así, por la cara. Sin encomendarse a Dios ni al diablo.

Bergen se descompuso. Se contrajo a causa del impacto y su tez se tornó lívida poniendo una tenue nota de claridad en las sombras.

—No tengo tiempo para filigranas, Bergen. Así que hablaremos claro. ¿Entiendes?

Hacía titánicos esfuerzos por recuperarse. El trallazo había sido demoledor.

—Mi abogado lo sentará en el banquillo y cualquier juez lo meterá unos meses entre rejas.

Kevin soltó una risa seca, burlona.

Se fue para él para hundirle el puño derecho en la boca del estómago.

—¡Eres un hijo de perra, Bergen! —le escupió junto al puñetazo—. ¿No te das cuenta de que no hay testigos de lo que está pasando entre nosotros?

Buchanan se confió.

Ignorando que el otro tenía un físico y unas condiciones dignas de considerarse.

Bergen disparó la pierna y la punta del zapato barrenó el bajo vientre de Kevin.

—¡Aaaaag! —se retorció por la dolorosa violencia del impacto.

—¡Tú lo has dicho, poli! —gruñó el pesquisa—. No hay testigos... ¡y te voy a masacrar!

Aquello, los dos lo tenían muy claro, iba a muerte.

Bergen sabía el porqué de la presencia de Kevin y no ignoraba las instrucciones recibidas sobre él... Buchanan estaba en la inteligencia

de que el otro tenía que matarlo por muchísimas razones y él, sin embargo y a poder ser, lo necesitaba vivo. Aunque si era preciso y no le dejaba opción, acabaría con él.

Arnold, lanzado, repitió la acción.

La patada.

Con la dañina idea de meterle a Buchanan el zapato en la cabeza porque éste seguía agachado, encogido por la violencia del impacto.

Un supremo esfuerzo, una fibra lúcida emergiendo por encima del dolor consiguió que el poli saliera con bien del segundo envite. Se hizo a un lado como pudo y estiró la zarpa atrapando por auténtica fortuna el tobillo del otro.

Pegó un violento tirón y Bergen perdió la vertical cayendo de espaldas para pegarse contra las baldosas un costillazo de órdago.

—¡Aaay!

Buchanan se fue arriba con retortijones incluidos para hacer frente a un Bergen con mucha capacidad de reacción que, pese al bramido, se alzaba también.

Pero no se puso el detective en facha para proseguir el combate.

Hizo algo en lo que Kevin no había reparado porque parecía haber establecido, en principio, los cánones de una pelea limpia.

Olvidando que Arnold Bergen no era limpio.

Y como no lo era, sacó la pistola en un santiamén, centelleante, metiéndole el cañón al pelirrojo a dos dedos de la frente.

—Ya vale, poli, ya vale. Finito. Te voy a levantar la tapa de los sesos... y punto.

Buchanan jugó la última carta que le quedaba.

—Tú no tienes pelotas para apretar el gatillo, pesquisa. Eres una marica de escaparate que encargas los asesinatos a tipos como Ward y Everett Hurt...

—¿Quieres ganar tiempo, poli? ¿O ponerme nervioso acaso? Mira... fíjate, la mano no me tiembla ni un milímetro. Es tan sencillo mandarte al carajo que hasta me da rabia que sea así de fácil. ¡Buen viaje!

¡BANG! ¡BANG!

—¡Ja, ja, ja! ¿Tengo o no pelotas, poli?

En la oscuridad le vio caer, sí. Pero no calculó que había caído décimas de segundo antes de que los fogonazos inundaran de luz letal las tinieblas y los impactos restallaron en el silencio haciéndolo añicos y proyectando por el ámbito un estrépito ensordecedor.

Fracciones de segundo, si.

Luego y a partir de ahí, Kevin, en aras de una rabia sorda y de una necesidad urgente de solventar aquel problema, se produjo como un vendaval destapando el tarro de sus mejores esencias violentas.

En cuclillas y sosteniéndose sobre un pie giró con diabólica velocidad castigando el flato de Bergen con un impresionante patadón que le cortó el resuello, le hizo abrir los dedos abandonando el revólver que tintineó musicalmente en tierra, encogerse, abrir la boca buscando aire con desesperación...

Buchanan salió para arriba y atrapando una de las manos que el pesquisa abrió sin ton ni son, le volteó por encima de su cuerpo enviándolo de bruces contra la piedra.

El estallido de Bergen fue estremecedor. La cara le quedó convertida en un mapa.

El pelirrojo saltó sobre Arnold pisándole literalmente la columna vertebral al tiempo que se inclinaba para atraparle de nuevo el brazo, tirar de él a la inversa, doblarlo y empujarlo adelante, aplicando una presa dolorosísima.

Arnold Bergen empezó a sucumbir al desgarró.

No podía ni gritar porque la sangre que manaba de su nariz y boca, al tener el destrozado rostro casi incrustado en la acera, le ahogaba, impidiéndole articular un sonido.

—Te voy a partir el brazo sin el menor escrúpulo de conciencia, detective. Y luego iré por el otro. Después una pierna, y la otra... —Kevin jadeaba, alterada la respiración, como consecuencia de la tensión nerviosa primero y del tremendo esfuerzo físico desarrollado después. Dijo—Te concedo una oportunidad... —aflojó levemente la presión que ejercía en el brazo—. Una sola, Bergen. ¿Hablas o no?

Le vio mover la cabeza en un gesto que por lógica debía ser de afirmación.

—¿Trabajas para Vincent Francis Flanagan? —inquirió, dejándole cierta libertad de acción para que pudiera moverse ligeramente, alzar la testa e inspirar, cosa que hizo con afán desesperado, para que desde su garganta el aire se transformase en sonidos coherentes e ininteligibles a través de los labios.

Bufó primero, con afán.

Exclamando con acento patético después:

—Sí... ¡SI! ¡PERO SUELT...! —se le apelonaron las palabras en la garganta. Hizo un esfuerzo—. ¡PERO SUELTAME, POR DIOS!

Kevin le obsequió con una risita seca, dura.

—O.K., pesquisa. Vas a ser razonable, ¿verdad?

—¡Sí, sí, te lo juro! ¡Pero...!

—Ya, ya lo sé. Que te suelte —y se inclinó para recoger ambas muñecas del detective y ceñirlas con las esposas manteniéndole los brazos pasados a la espalda. Lo puso en pie, atenazando su saco por la parte de la nuca, arrastrándolo, para encajonarlo en un portal. Le sacudió contra el hueco de aquél con moderada violencia, inquiriendo

nuevamente—: El... te ordenó liquidarme, ¿cierto?

Arnold Bergen, medio groggy por el dolor que aún seguía flagelando todas sus articulaciones, movió la cabeza de norte a sur.

—Sí...

—No hay más preguntas por mi parte, pesquisa. Larga tu mismo el relato completo.

Lo hizo.

Con cierta torpeza explicativa, sí. Pero al mismo tiempo, sin regatear el más mínimo detalle.

Precisando, incluso, nombres y fechas.

Incluida la circunstancia de por qué aquella noche se había dirigido a Fowells Cowe.

—Bien... —sonrió Kevin, con ferocidad, tiñendo de blanco con la exhibición de sus dientes fuertes y nacarinos el oscuro entorno que les volteaba—, Arnold, bien. Sabía que en el fondo eres un buen chico. Lo que pasa es que le envidia pone muchas calumnias en boca del personal. Pero tú eres un tipo sano —su voz rezumaba ironía—, sí... ¡Ah!, vamos a olvidarnos de esa cita a la que te ha enviado Vincent Francis Flanagan para que contactases con el vendedor de fotos. Se debe tratar de un fulano muy original, ¿no crees?

—Tienes... la sartén por el mango, policía. Tú decides.

—¡Obvio! Pero no es por eso, pesquisa, no. Es porque así obligaremos al misterioso vendedor y salir al descubierto, a dar la jeta, a dirigirse directamente a tu patrón. Y ahora, con permiso, te meteré dentro de tu precioso Nash del 80, te esposaré al volante... es que no me fío de ti, ¿sabes?, y llamaré a tu «amigo», el sargento Langella, para que pase a recogerte. Sabes que te profesa una gran simpatía, ¿no?

El detective largó un gruñido.

—Verás cómo te presenta sus respetos, sí —insistió el pelirrojo con acento caustico.

Capítulo XII

LA espera se hacía tensa, agobiante.

Kevin, en la oscuridad, consultó su reloj de pulsera.

Bajo el cristal y contra la esfera fluorescente las manecillas del reloj le indicaron que la una de la madrugada había sido rebasada ya en treinta y seis minutos.

Inspiró profundamente solazando sus pulmones con aquel aire fragante que procedía de los pinos y la bien cuidada vegetación del jardín que rodeaba la residencia.

Era como una pequeña jungla que ponía lujuriosas pinceladas de verdor por los cuatro puntos cardinales de aquel edificio sólido, moderno, que no obstante ofrecía tenues vestigios del más puro colonialismo.

La 1.36 de la madrugada.

¿Y si su hipótesis se iba al traste?

No siempre resultaba positivo dejarse conducir por corazonadas, o por la simple lógica.

En aquel asunto que giraba en torno a Asuntos Internos, pocas cosas tenían lógica.

¿Y si el misterioso vendedor de fotos no aparecía por allí?

Bueno... no tan misterioso.

Porque el sargento Kevin Buchanan del Departamento de Homicidios, jefe accidental de Asuntos Internos, tenía una idea más que concreta acerca de la identidad del personaje que trataba de venderle a Vincent Francis Flanagan las comprometedoras fotos en que aparecía asesinando a su hermano, Bruce Bernard.

Pero se trataba de un fulano inteligente que podía intuir la maniobra del pelirrojo.

De todas formas, en su fuero interno, Kevin confiaba en que el odio ancestral que el personaje profesaba a Vincent Francis, le llevase a dar aquel paso en falso.

Buchanan se había ubicado en las sombras que poblaban el jardín de manera que dominaba los dos posibles accesos por los que cualquier persona podía intentar introducirse, subrepticamente, en los dominios de Vincent Francis Flanagan.

Las manecillas del reloj seguían avanzando inexorablemente, ajenas al nerviosismo que poco a poco invadía al sargento de

Homicidios.

Si aquello fallaba, iba a tropezar con enormes dificultades a la hora de probar su teoría. A Vincent lo tenía más que atrapado con la declaración ya firmada por el detective Bergen, pero al vendedor de fotos...

Le quedaba una posibilidad en las manos, una posibilidad que el departamento de dactiloscopia confirmaría. Pero aún demostrando con las impresiones digitales la identidad del personaje, eso no significaba ni mucho menos facilidad alguna para atraparlo.

Pero si acudía allí...

Alzó el aparato que sostenía entre los dedos de la diestra. Un pequeño rectángulo con antena que se llevó a los labios, susurrando:

—¿Ninguna novedad por ahí afuera, capitán Culp?

La voz quebrada del menudo policía de ojos vivos le llegó con nitidez al oído del pelirrojo:

—Nada, chaval. Aquí todo está muy tranquilo. Te noto nervioso, ¿eh?

—Sí, capitán —admitió. Razonando—: Es que soy consciente de que tendremos muchas dificultades si esto no sale bien.

—Tranquilo, Buchanan. Hay que perseverar. Tranquilo.

—O.K., capitán.

Y de nuevo el total silencio volvió a dominar el ámbito. Las dos, según el reloj del pelirrojo, ya quedaban atrás. Pensó que la perseverancia empezaba a no servirle de consuelo.

Y pensó, también, que no siempre las cosas salían a medida de los deseos de uno.

No siempre, desde luego.

Se removió, porque los huesos se le anquilosaban debido a mantener la misma posición y por la influencia de aquel gélido vientecillo que anunciaba las próximas claridades del nuevo día, procurando no producir el más leve siseo y procurando también mantener la visibilidad perfecta de los dos posibles accesos al jardín.

Oteó el horizonte estirando unos centímetros el cuello y dejando girar la vista en derredor.

Nada.

Oscuridad y silencio se repartían equitativa y amigablemente el dominio de los alrededores.

La espera entraba ya en un fatigoso sprint cuya meta se alejaba más y más, cada vez más, de la que había señalado la lógica... y el deseo de que así fuera, claro.

Nada.

Se agachó de nuevo, no pudiendo evitar la tentación de consultar la esfera luminosa del reloj.

Y en aquel instante contuvo la respiración.

¿Era una mala jugada de sus nervios tensos, o...?

Ahora, el crujido, alcanzó su campo auditivo con claridad.

Y otro...

El de unos pies caminando cuidadosamente sobre la grava, pero sin poder impedir por completo que ésta gimiese bajo el peso del cuerpo cuyos zapatos aprisionaban la tierra en su avance.

Aguzó la mirada guiándose por los lamentos de la gravilla buscando ansiosamente localizar el bulto que avanzaba en la oscuridad.

La voz de James Earl Culp, quebrada, pero opaca al tiempo, surgió del transmisor:

—¡Animo, chaval! ¡Ya le tenemos ahí!

Ahora pudo verlo, sí.

Pudo captar el bulto que se movía en las negruras, avanzando cautelosamente hacia el edificio.

Rodeándolo, hasta detenerse a pocos metros de aquella ventana de la planta baja que a través de las cortinas, amortiguada y tenue por supuesto, ofrecía reflejos y esquirlas de la luz reinante en el interior.

El personaje reanudó su avance, pasando frente a la ventana con destellos luminosos, ignorándola, para acercarse a la inmediata y maniobrar entre las hojas de madera buscando el furtivo acceso al interior.

Se escuchó el lamento de la madera.

Y Kevin pudo ver con perfección cómo el individuo lograba empujar las compuertas hacia dentro, pasaba un pie y luego otro por encima del alféizar y se colaba en el interior. Pasados unos segundos, se dispuso a imitarle.

—Voy a entrar en la casa, capitán.

—¡Con cuidado, Buchanan!

Sí, con cuidado.

Era el momento definitivo, también.

* * *

En efecto, allí dentro había luz.

La que surgía de la lámpara del escritorio debajo de su amplia y redonda pantalla.

Se trataba del mismo despacho amplio, señorial, cómodo y amueblado con derroche de buen gusto y de «pasta» al que acudiera Hugh Farley para recibir instrucciones sobre la ejecución de Bernard Bruce Flanagan.

Las mismas estanterías atestadas de libros acumulando todo el

saber humano.

Iguales lienzos de firmas cotizadas colgando de las paredes.

Y al fondo, la mesa de nogal. La luz sobre ella. Y el hombre también.

Evidentemente, nervioso.

Muy nervioso.

Retorciendo los dedos de una mano dentro del cuenco de la otra. Haciendo crujir los nudillos.

Mirando de hito en hito y casi con miedo el negro bulto que encima de la mesa ofrecía el aparato telefónico.

Por dos veces consecutivas hizo ademán de estirar un brazo y descolgar, pero se contuvo finalmente.

De pronto...

¡Riiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiing!

Los tres campanillazos le sobresaltaron, haciéndole casi brincar de la butaca.

Con un respingo se hizo con el auricular.

—¿Arnold...?

—...

—¡Ah... sí! ¿Dime?

—...

—Ya, ya lo sé. Perfecto. Pero yo debo mantenerme en silencio hasta que se me comunique oficialmente la muerte de Jennifer.

—...

—Al asesino lo vincularán con Arnold Bergen, ya. Pero cuando esto se aclare un poco me encargaré del detective. Tú lárgate y olvida este asunto. Has cumplido tu parte a la perfección y no debes preocuparte. Te enviaré los 25.000 a Venezuela.

—...

—¿Cómo dices? ¡De subir tarifas, nada! Has matado a... mejor dicho, has planeado la muerte de una mujer, no la del presidente de la nación, ¿eh? Bergen te contrató por 25 de los grandes y éstos se te pagarán. ¡Adiós!

Colgó.

—¡CERDO... ERES UN MALDITO Y DESPRECIABLE CERDO! —rugió, de repente, una voz cuyo tono parecía agonizar.

Vincent Francis Flanagan se llevó un susto mucho mayor que el que le proporcionase segundos antes el campanilleo del teléfono. Alzando la cabeza con un nuevo y sonoro respingo, exclamó:

—¡Eh...! ¿Quién está ahí? ¿Cómo...?

El propietario de la voz avanzó despacho adentro sumiéndose en el radio de acción de la luz.

Vincent desorbitó los ojos. Sus pupilas dieron dentro de las órbitas un veloz giro de 360 grados y luego quisieron saltar afuera.

—¡¡NOOOOO!!

El personaje llevaba una pistola, empuñada en la derecha con firmeza, provista de tubo silenciador.

No era eso lo que había alarmado al otro.

No era el arma la que generaba en su faz aquella expresión incrédula, torpe, vacilante y de terror al mismo tiempo.

—La has mandado matar, ¿verdad?

—¡No es posible! ¡No puedes ser tú! ¿Qué clase de broma macabra es ésta?

—Te creía más listo, Vincent. Ruin y canalla lo has sido siempre... pero te suponía más inteligente. He ganado, ¿no lo entiendes? Llevo años soñando con destruirte, años... Desde el día que me la robaste. Y ahora... ¡LA HAS MATAD)!

V. F. Flanagan empezaba a reaccionar.

—Cálmate... te lo ruego. Podemos hablar. Ella... ella era un estorbo para los dos. Podemos empezar de nuevo. Yo tengo poder y dinero. Con esas dos cosas podemos emprender grandes proyectos...

—Yo estoy muerto, hermano, no lo olvides. Y los muertos no pactan.

—¡Por Dios... Bruce Bernard! Ignoro cómo ideaste la jugada, pero el caso es que estás vivo. Puedes cambiar de aspecto físico, adquirir una nueva personalidad...

El otro, Bruce Bernard Flanagan, avanzó unos pasos. El cañón del arma seguía mirando con mortal rectitud hacia el entrecejo de su hermano. Le dijo:

—Concebí unos minuciosos planes para exterminarte, para destruirte... y ahora me vienes con pactos y razonamientos. Ahora... después de haber mandado asesinar a Jennifer. Me siento culpable, en parte, de su muerte. No quise confiarle toda la verdad de mi proyecto porque temía que al saberme con vida, su actitud hacia ti, de manera inconsciente, traicionara mis propósitos...

—Tú estás vivo, Bruce —le cortó Vincent con cierta seguridad en sus palabras. Razonando—: Las huellas necrodactilares demostrarán que el cuerpo que pusiste en tu lugar no es el de Bruce Bernard Flanagan. Las fotos ya no te sirven, ya no me inculpan...

—lúvidas que tengo muy buenos amigos en el Departamento, ¿no? En el informe forense se hará constar que ésas son mis huellas... y hoy, un súbito incendio, destruirá parte de la Morgue. MI CADAVER, VINCENT, ARDERA. ARDERA, ¿entiendes? Y esas fotos cobrarán importancia capital a la hora de condenarte, como también la tendrán las de tu repugnante libro de sobornos.

—Estás tan metido hasta el cuello como yo, Bruce. Piénsalo. Te lo he dicho antes... partamos de cero. Puedo llegar a gobernador. El poder será tuyo y mío...

—¡JA, JA, JA, JA, JA! ¿Tan poco conoces a tu hermano, Vincent? Yo amaba a Jennifer y tú me la robaste. Tú me has robado muchas cosas a lo largo de mi vida. Tú, sí... tú, el brillante. La eminencia de la familia. Incluso me hiciste comisionado comprando a quien fuera, o sobornándole, o extorsionándole, porque me necesitabas en ese puesto de privilegio. ¡Cerdo! Desde que nací me has estado humillando... pero todo tiene un final en esta vida. Y tú te sentarás frente a un jurado para escuchar de la voz del fiscal cuantos cargos se te imputen... Y luego, Vincent Francis Flanagan, te pudrirás en una celda, con las manos engarfiadas en los barrotes, llorando tus sueños de grandeza, pensando en lo que pudo ser y no fue. Y así consumirás día tras día, torturándote con las flexiones de tu propia mente. ¡TE VOY A HUNDIR, VINCENT! ¡A HUNDIR!

—¿Y tú qué harás, entretanto?

—Saborear tu suplicio, hermano. Eso haré.

—Pero lo saborearé, Bruce Bernard —intervino, de pronto, una nueva voz—, en la celda vecina a la ocupada por su hermano, ¿no le parece?

—¡Maldición!

Y se revolvió, apretando el gatillo.

Kevin había intuitido aquella reacción.

Por eso le fue fácil eludir el par de plomos que buscaban rabiosamente su cuerpo con un salto ágil y limpio, disparando a su vez su revólver reglamentario.

Con puntería y suerte esta vez.

Su intención de desarmar a Bruce se cumplió porque el impacto hizo blanco en la muñeca armada del «difunto» comisionado y el arma se fue a tierra.

—¡Aaaag! —rugió, sujetándose la parte herida con la otra mano.

Vincent Francis Flanagan abrió precipitadamente el cajón central de su mesa de escritorio.

Buscaba una pistola, desde luego.

—¡Quieto, Vincent! —tralló la voz quebrada del capitán James Earl Culp—. ¡Quieto o le abraso!

Era el fin.

Entraron Langella y otros policías.

—¡Espósenlos! —gruñó el capitán. Y acto seguido corrió hacia el pelirrojo para abrazarle infantilmente—. ¡Bravo, chaval, bravo! No me equivoqué contigo. Haré que tu nombramiento accidental se convierta en definitivo. Serás, en firme, el nuevo jefe de Asuntos Internos.

—Gracias...

EPILOGO

AQUELLA mañana, se practicaron varias detenciones.

En Philadelphia: Donald Christie. El tipo que estuviera de guardia frente el reservado donde Jennifer había recibido a Kevin, el que se había dejado golpear por Trevor Bay autor material del asesinato de la mujer de acuerdo con las instrucciones del propio Donald quien, a su vez, las había recibido de Arnold Bergen.

En Nueva York: José James Lowisch. Cirujano de plástica copropietario y director de la clínica Estheticienne Medicinal Quirurgyc Center, una de las más famosas y avanzadas del país en el campo de la estética. Lowisch, por orden de Bruce Bernard y a cambio de una importante suma de dinero, había convertido el rostro de Dirk Ullmann —cuya desaparición había sido denunciada por su esposa precisamente en el Precinto 16 de Bronx— en una copia exacta de la del comisionado. Según propia confesión de Bernard Flanagan, Ullmann, tenía unas características físicas con enormes y sorprendentes puntos de igualdad con la suya, de ahí que lo eligiera para su proyecto. Con dinero y falaces razones había resultado bastante fácil convencer a Dirk Ullmann... para que colaborase en su propia muerte.

En Nueva York también: Harrison Garfield. Jefe del Departamento Forense de la policía que había accedido a alterar y falsificar el informe de la muerte de Bernard Flanagan, haciendo constar que las huellas necrodactilares eran las del ex comisionado. La acusación que pesaba sobre Garfield, amén de la de falsificación de documento oficial, era la de complicidad en el asesinato de Dirk Ullmann.

James Earl Culp y Kevin Buchanan habían convocado una rueda de prensa para las doce de aquel mediodía.

Pero una sagaz y coquetona periodista, una preciosa muñeca de ojos muy verdes, quiso obtener ciertos privilegios informativos, algunas primicias, acerca del brillante jefe de Asuntos internos.

—No me mires así, pelirrojo.

—Lo que usted me propone, señorita —dijo, muy serio, arrellanado en la butaca de su nuevo despacho—, va contra las ordenanzas. Y contra las más elementales normas de la ética.

—Lo tendré en cuenta, sargento... cuando usted me proponga ir a la cama.

—¡Esto es soborno, señorita Coburn!

Mary Anne fue y le besó en la boca.

—Un dulce y delicioso soborno —se pasó la lengua por los labios —. ¿Qué quiere usted saber, preciosa?

—Bruce Bernard Flanagan...

—¡Oh, sí... claro! Elemental, elemental, mi querida periodista —dijo, burlón y grandilocuente. Ya en serio, explicó—: El comisionado había previsto en su plan la reacción de Vincent y especulando casi con la segura posibilidad de que su hermano descargaría la parte sucia del caso en Hugh Farley. Bruce sabía que Farley estaba en la nómina de Vincent antes de tener acceso al libro de contabilidad secreto de aquel. Esperó, pues a Farley, confirmada su participación por la llamada telefónica de Jennifer, y le mató sin mayores problemas... ofreciéndose como blanco bien visible a su hermano Vincent, que no contaba con el chaleco antibalas que Bruce llevaba debajo de la camisa. Incluso, al estilo película, los proyectiles disparados por Vincent Francis, hicieron brotar «sangre» del cuerpo de Bruce. El resto, sencillo: asesinar a Dirk Ullmann, la víctima más desgraciada de todo este caso, poner en manos de Hugh el arma empleada por el propio comisionado para matar a Ullmann y, acto seguido, a recoger el negativo filmado por las tres cámaras que estratégicamente tenían sus objetivos distribuidos sobre la estancia.

—Sospechabas de Vincent, ¿verdad?

—Sí... Porque en su afán de adoptar una tesitura acorde con la circunstancias, una actitud de hermano dolido por el asesinato, entre comillas, de Bruce Bernard... del que en aquel momento él se suponía autor, en esa su pose «oficial», la misma noche del crimen y cuando llegó para escenificar la mascarada, dijo textualmente: ¡Seré yo quien dé mañana la rueda de prensa que mi hermano había convocado! Fue su primer patinazo. ¿Cómo sabía él lo de la rueda de prensa? Alexandra me dijo poco rato después que Bruce Bernard Flanagan le ordenó que llamase a las redacciones de los periódicos pasadas las diez de la noche, precisamente para evitar que la noticia tuviese publicidad. ¿Cómo, entonces, lo sabía Vincent?

—¿Cómo...? —repitió Mary Anne—. Eso, sí... ¿Cómo?

—Porque había escuchado la grabación en que se registraban las voces de Jennifer y Bruce, donde éste aludía a la referida conferencia de prensa. ¿O.K., princesa?

—O.K., poli.

Entró el capitán James Earl Culp.

—¿Estás dispuesto, chaval?

—Sí, jefe.

—¿Y esa chica?

Enarcó las cejas el de los vivos ojos claros y voz quebrada.

—Es la que me quita el sueño, capitán.

—Y la información a sus colegas, ¿no?

—Bueno... —musitó el pelirrojo.

—¡Me parece muy lógico, chaval! —exclamó el capitán—. ¡Muy lógico!

—Es usted un hombre muy comprensivo, capitán —le halagó Mary Anne.

—Y usted una joven muy bonita... ¿De veras que va a casarse con ese tipo de los pelos rojos?

—Sí, capitán. Es un modo como otro de asegurarme las primicias informativas concernientes al Departamento.

—¡Ya me marchó, pelirrojo! —exclamó el superior con un guiño de complicidad—, ¡Puedes estrangularla si quieres!

Pues fue un estrangulamiento de lenguas, sí.

Un estrangulamiento muy raro, sí.

Y largo.

Porque cuando pasado un rato asomó de nuevo James Earl Culp para exclamar:

—¡Eh, chaval! ¡Qué ya es la hora! ¡Vámonos ya!

El estrangulamiento estaba en su apogeo.

Y es que la vida es así.

Después de la tempestad... viene el estrangulamiento.

FIN

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



11736

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España